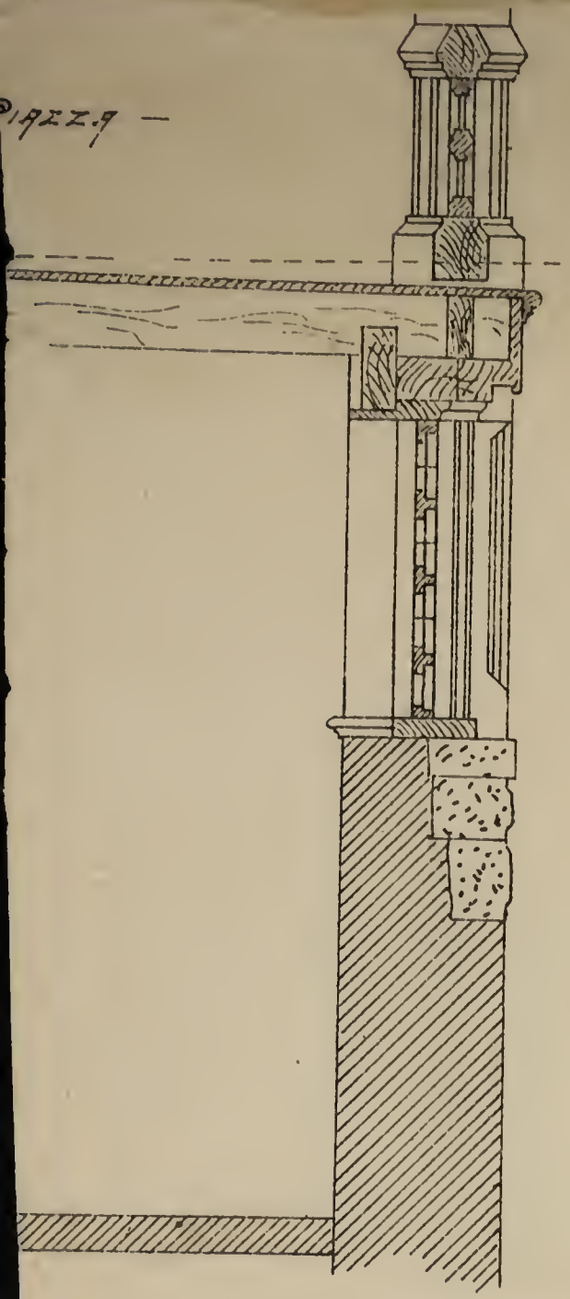
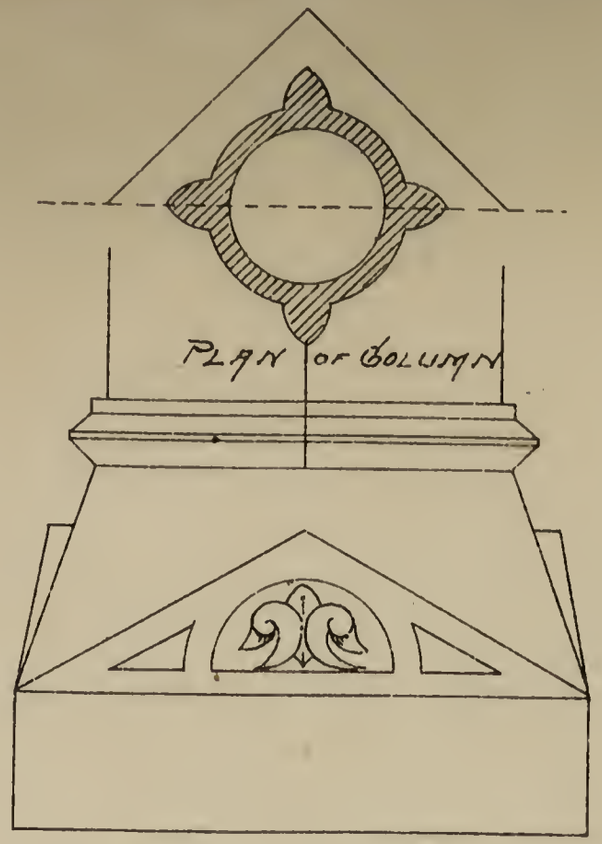
V. APARICIO DE SOTO

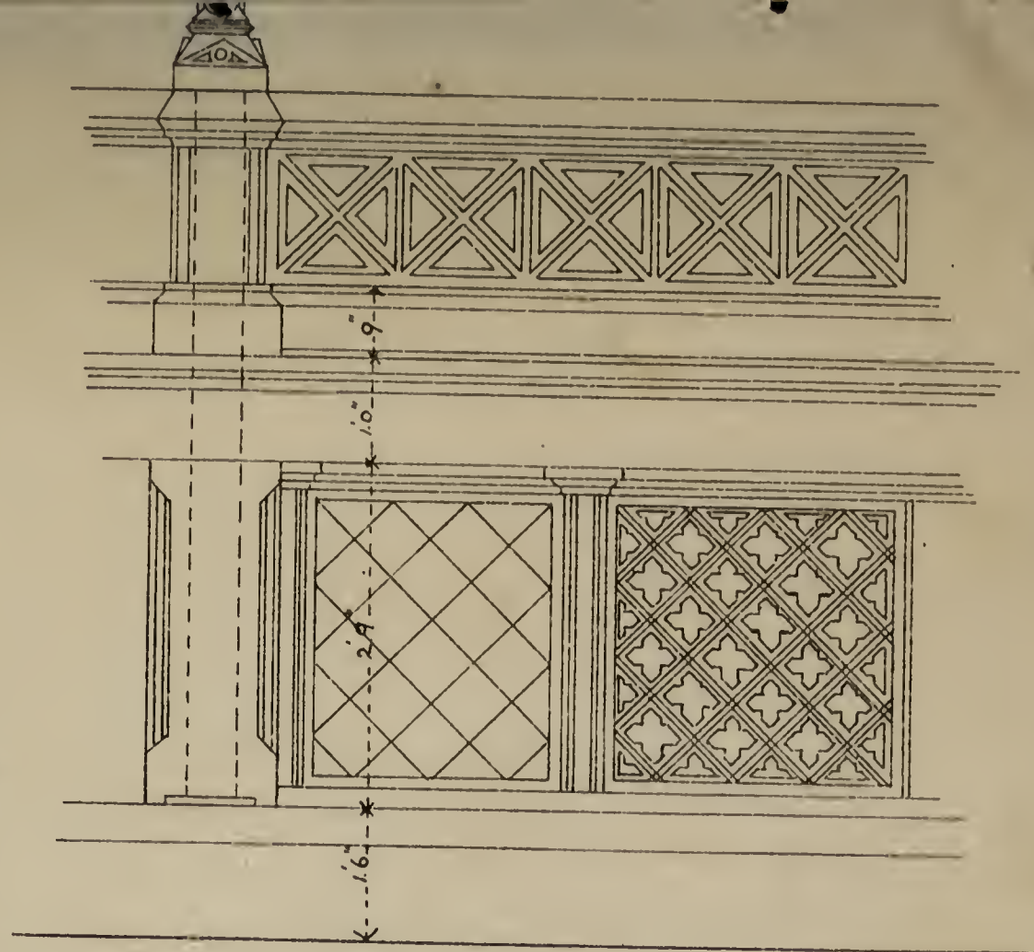
WHISKY

PIAZZA —

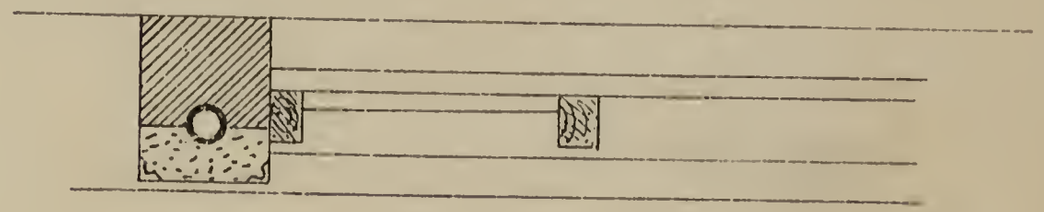




BASE OF COLUMN



— ELEVATION OF 1/2 ONE BAY OF PIAZZA —



— PLAN —

J. WREY. MOULD ARCHT

v. 15 n. 77

VICENTE APARICIO DE SOTO

"WHISKY"

COMEDIA EN TRES ACTOS

Y EN PROSA

IMP. DE O. LOZANO

"WHISKY"

PERSONAJES

Misstres Honorata Braknell
Miss Gabriela Braknell
Miss Dolly Kingston
Miss Wilda Hudson
Señora de Pereira

Mister Teodomiro Braknell
Lord Hawk
El Duque del Oriflama
Zaldívar
Mister Ranald
Mister Talbot
Mister Pym
Marianito Cabrera
Don Juan
Don Lino
Don Abelardo Pereira
Daniel
Jorge (criado 1.º)
Criado 2.º

Damas y caballeros del pasaje

El I acto transcurre en el Thirteen Club de Filadelfia.

El II en el Home que habita el Duque del Oriflama en Filadelfia.

El III a bordo del trasatlántico «Sacripante» en ruta de Nueva York a España, a la vista de las costas españolas.

Época actual.

860.82
Sp24
v.15 n.11

A G. Bernard Shaw, en cuya copa aristofánica escancia alternativamente whisky de su país, ajenjo verleniano y solera de nuestra más engatusadora manzanilla.

EL AUTOR

"WHISKY"

Ligeras notas sobre el carácter de los personajes principales de esta Comedia

Gabriela Braknell

Veinte años, soltera, inteligente, bellísima, desenvuelta, de una elegancia que siendo personal es natural y es indiscutible. Parece ser su norma obrar sin otra ley que la independencia de su carácter; pero no carece de ninguna de las delicadezas y dulzuras del sentimiento femenino. Esto se transparenta en ella a veces involuntariamente; y se muestra otras veces con absoluta sinceridad, sin el más tenue velo del disimulo. Pero pronto reacciona, volviendo a mostrarse sugestivamente dominadora. Aborda lo original, sin descender a lo frívolo.

Han de matizarse muy bien los diferentes cambios de la voz, el ademán, el gesto, la mirada, etc., para fijar y hacer llegar al público más bisoño, los momentos en que habla el corazón, la inteligencia y las pasioncillas del personaje. Gracia e ingenio. Y, en buen maridaje, desparpajo y delicadeza.

Dolly Kingston

Treinta años, soltera, elegante, guapa, inteligente, y sobre todo discreta. Todo ello sirviendo de escolta a una sencillez de buen tono que es su nota dominante. Ideas propias, que expone sin rebozo cuando se la pregunta, dando a sus personales respuestas la extensión que marca su interlocutor. Cierta melancolía. Un leve aire de persona desengañada por adivinación, y, por adivinación también, un poco tocada de excepticismo. Pero al enfrentarse, no con la teoría, sino con la dinámica de la vida, más blanda de sentimiento que la más blanda criatura.

Lord Hawk

Hombre maduro y de gran distinción. Cincuenta años, que desean parecer y parecen sesenta. Vocación casi lograda de árbitro de las elegancias mundanas; árbitro de las elegancias externas y de las internas – que sería exagerado llamar profundas—del mundo que frecuenta. Cual lo delata su porte y su amena conversación, es hombre muy navegado por los mares de la vida. Vive de lo que aprendió; sin que deje de servirle ninguna de las asignaturas que cursó en el curso de sus años y de sus abatares. Hombre que aprendió, ante todo, la necesidad de dar elasticidad al criterio y conceder alternativas a las gentes diversas y a las ideas nuevas. Jerarquía conservada, por que aquella elasticidad supo alcanzar y no revesar el límite. Experto conocedor del humorismo inglés puro, el cual usa por igna-

ta afición y con gran oportunidad y maña. A todas horas vestido de frac—es ave noctivaga—y empuñando siempre cachaba de rica malaca.

El Duque del Oriflama

Veinticinco años; gallardo y distinguido, sin otra afectación que la lógica dada su situación en la vida. Bien portado y bien plantado. Ebrio de vida; pero matriculado en los prolegómenos que inician en el aprendizaje de todos los vicios. Sin embargo, se adivina que no llegará nunca, pues carece de madera para ello, a ser maestro de viciosos. Tiene prejuicios: los de un español de rancio abolengo. Si se le hace cosquillas en el corazón, no brotarán los prejuicios; al revés, brotaría un desbordante buen humor sin puritarismos. Si se trata de estrujarle el corazón, brotarán, en cambio, esos prejuicios con la pujanza irrazonable del terco. Se le adivina, por espíritu, afanoso de aventuras, y—como voluntarioso hijo mimado—viviendo en aventurero. De tales aventuras empieza a extraer ahora enseñanzas que le librarán del lastre de los mimos, y le enseñarán a ser buen capitán de la nave de su vida. Sin mucha experiencia, y lejos de sus lares, sufre el mal previsto: amilanarse ante lo leve, y sentirse impertérrito ante lo grave. Es, en resumen, mal medidor de acontecimientos. Ante lo que llega recto, tranquilo siempre; pero un tanto desconcertado cuando ve venir los sucesos en espiral, o cuando no los ve venir.

Hidalgo y generoso. Si encuentra el triunfo

de frente, el triunfo será suyo y si encuentra a la derrota de soslayo, será un derrotado leal.

TEODOMIRO BRAKNELL

Es la prosperidad en los negocios. Los editoriales le ocupan a la sazón; pero no se deduzca por ésto que es persona intelectual; aunque sí se aprecia que posee un gran talento nativo. Cándido y sagaz a un tiempo mismo. Se comprende que incite a la burla cordial y motive el afectuoso epigrama de las gentes más pulidas del mundo en que se mueve cuando sale de su círculo comercial; aun cuando esas salidas las haga llevando siempre consigo su alma de buen negociante. Y se comprende que a la postre sea él quien ría de las burlas y de los burlones, extrayendo de las primeras un provecho de propaganda gratuita y granjeándose de los segundos una especie de vasallaje traducido en peticiones de dinero, que no negará nunca ni dejara de cobrar jamás nuestro buen Teodomiro. Este ha aprendido por propia experiencia que cada mortal posee una vena productora de valores reducibles a metálico: el talento, la cuna, las relaciones sociales, la figura, la suerte, la fama..., algo, en fin. Y en la explotación de esa veta piensa este hombre cuando alguien alijera su bolsa.

Gran abdomen; ordinariez afinada, aunque no en época de que el refinamiento apagase las tosquedades en que se educó. Bueno; y a ratos bonachón, como todos los hombres gordos. Siente la nostalgia de una juventud no

disfrutada; y quiere disfrutar hogaño. Pues tiene medios para farrearse un poco, dejémosle que farree; pero pague el tributo de ser reido alguna vez, y otras burlado. Su personalidad está algo debilitada, porque, desde su hija hasta sus edecanes, todos conocen sus flaquezas.

Ropa seria, obscura; confeccionada por sastres de gente joven.

Felipe Zaldivar

Joven simbólico que contaría, si los quisiera contar, cuarenta y pico de años. Adaptable a todos los medios. No se le puede considerar un parásito en el sentido vil de la palabra; pero le encontramos en plan de parasitario; de ninguna manera en plan de bufón. Camarada y amigo íntimo de Oriflama, es ahora su complemento si no su váculo, su apoyo. Mundano. Ameno, porque de la amenidad tiene que vivir. Experiencia de la vida superficial; ignorancia de las profundidades de la vida. Recorre ésta haciendo equilibrios, vacilando alguna vez pero sin caer nunca. Conserva la lealtad a sí mismo y a sus semejantes. Supérfluo, por el miedo que una posible meditación le causa. Cuando se muestra cínico finge, se traiciona, y tiene una cualidad que le diferencia de los restantes personajes de su estirpe: muestra sus fondos ingénuos, sin avergonzarse de ello, a poco que se le incite, y a veces con espontaneidad. Es de los amigos que pagan en afectos sinceros, si llega el caso, el pan que comen, el tabaco que fuman, el dinero que juegan, el

humo que lanzan al espacio, la pólvora que consumen en salvas, y el viaje entero que realizan en el tren de la vida: ora en el salón, ora en el furgón. Pero hasta cuando van en el furgón, van bien vestidos.

ACTO PRIMERO

"WHISKY"

ACTO PRIMERO

La escena figura un lujoso aposento, contiguo al Hall, en el Thirteen Club de Filadelfia. El decorado y los muebles, indican que nos hallamos en un opulento y confortable lugar de esparcimiento de la libre, opulenta y confortable América. La nota dominante debe ser el buen gusto, no exento de seveveridad. A la izquierda (del actor) se abrirá una ancha puerta que comunica con el Hall. A la derecha, en primer término, puerta que comunica con la Sala de recreo. Y al mismo lado, haciendo chaflán con el foro, otra puerta que da acceso a la biblioteca y restantes habitaciones del club.

Doctores Ranald, Pyn y Talbot, tomando Whisky en tazas, sentados alrededor de la mesa del foro, sobre la cual habrá un aparato de telefonía sin hilos con tres auriculares. Al levantarse el telón, Mister Ranald habla por teléfono.

RANALD

«¿Que con quién habla usted? Pues con un ciudadano cuya paciencia disminuye por instantes... Estoy en Filadelfia, claro está; en el Thirteen Club... ¿Que qué deseo...? Acaba de extraviárseme la onda de New York y deseo recobrarla enseguida. ¡Nada de radioescuchas ociosos! Unos doctores en Medicina que estábamos celebrando una consulta y hemos tenido que interrumpirla a causa del extravío de

la onda. Muy bien; esperaremos junto al aparato». (Dejando el auricular, y dirigiéndose a Pyn y Talbot). Dice que harán todo lo posible por restablecer enseguida la comunicación. Para entretener la espera podemos tomar una taza de té.

TALBOT

Encantado (Ranald toca un timbre. Entran criado 1.º por la derecha y criado 2.º por la izquierda).

JORGE

¿Llaman los señores?

RANALD

Mande usted que nos traigan tres tés con bizcochos.

JORGE

¿And-Soda?

RANALD

Completamente ilegales.

PYN

A mí, y esperando que ustedes no se escandalizarán por ello, me va usted a servir un té, un verdadero té, un té legal (general extrañeza).

JORGE

El señor se siente enfermo sin duda; me permito advertirle que en el Club disponemos de botiquín...

PYN

No, no. Me encuentro perfectamente. Es la costumbre de tomar a estas horas un té, un té cocido.

JORGE

(Entre atónito y perplejo). Acaso en el botiquín dispongan de esa yerba. Esté seguro el señor de que se hará todo lo posible por complacerle. (Al criado 2.º). Procure usted servir lo que han pedido los señores. (Mutis criados por donde entraron).

TALBOT

Se trata de un criado bastante particular y despótico.

RANALD

Es que no se trata de un criado cualquiera. Los que ustedes vean aquí con esa clase de libreas, no son precisamente mercenarios. Aquí en el Club tenemos cuatro; y más que de servidores se trata de borrachos.

PYN

(Asombrado). ¿Cómo?

TALBOT

(Idem). ¿Borrachos?

RANALD

Les calumnié; es cierto. Whiskomanos, debí llamarles. Son gentes tan aficionadas al whisky que no podrían pasar sin él; y como la Ley Seca lo persigue tanto, y la persecución tanto lo encarece, no han tenido otro remedio que venir a este Club o a alguno de los pocos similares que hay en Filadelfia, y, naturalmente, como su posición no les permite ser socios, son servidores.

PYN

Asombroso arte de adaptación. (Suena el teléfono).

RANALD

¿Por fin? Veamos si hemos vuelto a atrapar la onda. (Cada uno toma un auricular y figuran reanudar la conversación radiotelefónica con New York que antes interrumpieron). «¿Al habla...? ¿Es usted, mister Peters?»

TALBOT

«Creíamos que no iba a ser posible reanudar esta consulta en vida del enfermo». (Entran los dos criados, sirviendo el primero los whiskys que trajo el segundo, y estando ocupados en esta faena, hasta la salida a escena de Zaldívar).

RANALD

«Opino que debemos continuarla, para darla por terminada antes de que la onda casquivana vuelva a dejarnos incomunicados».

PYN

«Sí; hemos tomado nota de todo, mister Peters. Ahora solo falta conocer el proceso de la actual dolencia. Para abreviar, será mejor que nos señale usted el foco de la enfermedad... Bien. Órgano respiratorio».

RANALD

«Ahora el proceso; las dimensiones de la dolencia; valga la frase».

PYN

«De acuerdo».

RANALD

«Me parece que es suficiente».

TALBOT

«Yo, si ustedes me permiten...»

PYN

No faltaba más.

RANALD

Desde luego.

TALBOT

«Creo—y no juzguen ustedes que por ser el más joven, me creo en el deber de ser el más osado—que podríamos efectuar un reconocimiento sobre el propio sujeto, sobre el paciente. Seguramente el aparato inalámbrico a través del cual mister Peters nos escucha, será ligero, transportable, ¿no podríamos auscultar con él al enfermo?»

RANALD

«Hasta cierto punto estoy conforme».

PYN

«Con las debidas precauciones...».

RANALD

«¿Va a probarlo...? Bien... Cuidado... Nada; oí un ruido como si alguien tropezase con una silla... ¿ya...? ¿que el enfermo no se pone a nada?».

PYN

«Debe ser muy tímido» (Los tres escuchan muy atentos pos el teléfono. Aparece Zaldívar

en la puerta de la izquierda, haciendo palmas para llamar a la servidumbre).

ZALDIVAR

¿Pero es que aquí no atiende nadie? ¿Ya están todos los criados bajo el efecto sublime de la diaria borrachera? ¡A ver quien se digna servirme una taza de té irregular, del más irregular que haya en las bodegas de este nefasto Club!

JORGE

(Yendo presuroso hacia Zaldivar). ¿Por qué nefasto, señor Zaldívar?

ZALDIVAR

Porque criados y naipes se confabulan para matar de sed y enterrar en ruinas a los hidalgos de España.

JORGE

Por esa hidalguía hispana, yo le suplico señor Zaldívar, que formule usted sus votos, sus demandas, sus quejas y sus dicterios en voz baja. Yo me permito hacer a usted este ruego, contrariando mis más arraigadas aficiones, que consisten en escuchar gozoso las bizarras arengas de los hidalgos de España. Pero... hay enfermos en la casa.

ZALDIVAR

(Extrañado) ¿Enfermos en el Club?

JORGE

En el Club precisamente no. A ciento cuarenta y cuatro kilómetros. Los señores (por los médicos) auscultan en este momento la forma

irregular y de mal presagio que tiene el aire de penetrar en los pulmones de un honorable vecino de New York.

ZALDIVAR

(Compasivo). Yo creo que usted debe retirarse a descansar. Lo que padezca el servicio lo ganará su razón de usted, que acaso sufre en estos momentos el pasajero extravío a que conducen las reiteradas libaciones.

JORGE

Asegura el señor que mi razón es clara y sólida como pudo serlo la de los fieles criados que servían la bebida inspiradora al sabio Salomón. Repito a usted, que los señores, médicos afamados, auscultan a un enfermo.

RANALD

(Que, como sus compañeros, sigue escuchando atentamente por el teléfono). «Este aparato no funciona».

PYN

Pues yo oigo bien.

RANALD

Me refiero al aparato pulmonar.

TALBOT

«¡Desdichados bronquios!» (Sigue escuchando).

ZALDIVAR

(A Jorge, después de oir con asombro lo anterior). Presento a usted mis escusas, apresurándome a reconocer la solidez salomónica

de su razón y la injusticia que he cometido al suponerle embriagado. Pero creo que ahora le parecerá lícito mi deseo de que me sea servido un whisky que apague mi sed y calme mi asombro.

JORGE

Enseguida. ¿Sin duda en la Sala de Poker?

ZALDIVAR

Sí; en mi panteón. (Mutis Zaldívar y Jorge).

TALBOT

«Creo que hay bastante».

RANALD

«Suspendamos pues, con la venia de usted mister Peters, la consulta. Redactaremos al instante nuestro informe, y se le remitiremos enseguida... No, no conviene impacientar más al enfermo hablando en su cabecera... Adiós». (Los tres dejan los auriculares y hablan entre sí). Estimo señores que la controversia, si surge, no será larga ni enconada.

PYN

Se trata de un caso palmario de apolillamiento de los pulmones.

TALBOT

A cuya evitación hemos acudido tardiamente.

RANALD

Pero las prendas sociales del enfermo exigen una somera discusión y un amplio dictamen. Si a ustedes les parece podemos pasar a la biblioteca.

TALBOT

¿No molestaremos?

RANALD

Estaremos solos. (Mutis los tres por derecha).

JORGE

(Entrando en escena al mismo tiempo que criado segundo y dirigiéndose a éste). Retire usted esos servicios y llévese también ese chirimbolo. (Se ha referido a las tazas, tetera y teléfono. Presenta ahora una taza al criado). Pero antes de ausentarse, sírvame unas gotitas de whisky. Y lo que quede en la tetera, repartíroslo entre los subalternos; pero mucho cuidado en incurrir en plebeyísimos abusos. Y pase usted aviso a Contaduría para que reflejen en la cuenta de mister Ranald el importe de dos teteras ilegales y de una taza de té para un enfermo. (Mutis criado segundo. Jorge bebe saboreando). Verdaderamente es insustituible esta bebida. (Entran por la izquierda Lord Hawk y Dolly. Criado no se da cuenta de la entrada de estos personajes hasta que lo indica el diálogo).

LORD

(A Dolly). Espero que tendrá usted la amabilidad, mi linda secretaria, de ir a poner en limpio las cuartillas que ayer la dicté.

DOLLY

Está muy bien, Lord Hawk.

LORD

Yo aquí espero (Vase Dolly por derecha.

Lord Hawk golpea el suelo con el bastón, para llamar la atención de Jorge).

JORGE

(Volviéndose. Rígido, con la taza en la mano). ¡Oh, milord! Suplico a vuestra señoría que me perdone.

LORD

No hay por qué... Le he sorprendido cumpliendo sus deberes.

JORGE

Me doy cuenta de que lo hecho por mí constituye un motivo de censura en un criado

LORD

Pero en un cómplice es un motivo de alabanza. (Se sienta en el sillón que antes ocupara mister Ranald). ¿Y mister Teodomiro Braknell?

JORGE

Prosperando.

LORD

Pregunto que si está en el Club.

JORGE

Es donde tiene a estas ahora su prosperidad: en el Club; en la sala de recreos. Si vuestra señoría me lo ordena, le pasaré recado. Acaso os agradeciese que le dierais motivo para suspender la partida.

LORD

No; de ninguna manera. Disolver una partida de juego es más inmoral que convocarla,

tanto como fomentarla y casi tanto como consentirla.

JORGE

¿Vuestra señoría es enemigo del juego?

LORD

Más; soy su tributario... Pero aplacemos el interrogatorio.

JORGE

Obedezco a vuestra señoría.

LORD

I thank you (mutis Jorge).

ZALDIVAR

(Por derecha, con taza de wgisky). ¿Se puede pasar?

LORD

(Extrañado de la pregunta). Pruebe usted.

ZALDIVAR

(Entrando con precaución). Buenas tardes estimado Lord Hawk.

LORD

Felices, amigo Zaldívar.

ZALDIVAR

Vamos a ver: usted que ha venido a Filadelfia a realizar un trabajo psicológico a la vez que histórico y descriptivo, sin contar con que sea al propio tiempo sujestivamente fantástico, ¿sería usted tan amable que me aclarase una duda?

LORD

¿Una duda histórica?

ZALDIVAR

Psicológica. Pero que sin aclararla no podría componerse con exactitud mi propia historia, ni aún por mí mismo.

LORD

Exactamente igual que les ha ocurrido a todos los personajes de la Historia que han pretendido escribir la suya la ignoraban; y mentían lindamente, pero siempre con descarada vanidad. En su disculpa hay que aducir que muchas de esas mentiras, las tenían los propios interesados por verdades. ¡Quién no se cree un Alejandro!

ZALDIVAR

Yo, lord Hawk, yo, que lejos de considerarme un Alejandro, me considero simplemente un gafe. Digo ¡a no ser que Alejandro también fuera gafe!

LORD

¿Un gafe?

ZALDIVAR

Si señor. Y ésta es mi duda atormentadora. ¿Usted cree que yo físicamente soy un gafe, que lo soy psicológicamente, que lo seré irremisiblemente, irremediablemente, incurablemente...?

LORD

Cálmese, y comience por decirme qué es un gafe.

ZALDIVAR

¿Pero, usted no lo sabe? Pues un gafe es una persona que propaga a su alrededor la

mala suerte; así como un contragafe es el que, atenuando los efectos del gafe, cambia en próspera la suerte adversa. Pondré a usted un ejemplo: Rusia, la Rusia oprimida; la Rusia de los Zares, fué para usted de una gafancia tremenda.

LORD

¿Cómo, cómo?

ZALDIVAR

Usted mismo nos ha referido que en Rusia le fué mal. Tuvo usted grandes contrariedades, grandes disgustos, y finalmente perdió usted su fortuna en las mesas moscovitas del bacarat.

LORD

Exacto.

ZALDIVAR

Usted sucumbía. Necesitaba encontrar providencialmente y urgentemente un contragafe; y lo encontró usted; fué la Revolución. Usted presenció aquellos sucesos, con pena, con dolor... Y, sin embargo, gracias a ellos ha rehecho usted su fortuna, describiéndolos en las memorias que le ha comprado nuestro querido mister Teodomiro Braknell.

LORD

Comprendido; aunque ligeramente macabro el ejemplito... Pero no me dice usted en qué consiste su gaferia.

ZALDIVAR

Gafancia.

LORD

Da lo mismo. Considero esa palabra perteneciente a su idioma particular de usted y yo, en uso de mis derechos particulares, la pronuncio a mi gusto.

ZALDIVAR

Pues mi gafancia consiste en que he estado tres horas viendo jugar al poker a mi amigo y compatriota el Duque de Oriflama, el cual ha perdido en mi presencia un montón de cientos de dóllares.

LORD

¡Estoicismo español!

ZALDIVAR

Pero yo atribuyo hoy esa nefasta influencia que he ejercido, al hecho de haber presenciado una consulta médica bastante poco grata.

LORD

¿Algún amigo enfermo?

ZALDIVAR

No señor, un desconocido; y por lo visto una buena persona, pues debía sufrir mucho. Los médicos se mostraban pesimistas, y la enfermedad además de incurable, debía ser contagiosa, pues los doctores le auscultaban a distancia. Figúrese usted que al auscultarle el doctor Ranald, estaba sentado ahí, en esa butaca que usted ocupa ahora.

LORD

(Levantándose presuroso). ¡Cáspita! ¿Y dice usted que un enfermo contagioso?

ZALDIVAR

Pero no se alarme usted. El enfermo, al celebrarse la consulta, estaba un poco separado.

LORD

¿Donde?

ZALDIVAR

En Nueva York.

LORD

¡Usted está beodo! ¡Auscultar a un enfermo a esa distancia...!

ZALDIVAR

Si señor; por la telefonía sin hilos. El aparato estaba sobre esa mesa. Seguramente le habrán llevado a desinfectar.

LORD

(Calmado, sentándose). Debo advertir a usted, señor mío, que mi juventud, sin ser un vértigo ni una borrasca, no dejó de ser un poco tormentosa. En mi edad madura, el temporal ha amainado un poco, pero el cielo no está completamente azul y despejado. No es un temporal intenso; pero son una serie de chubascos cada vez ¡ay! más espaciados. Finalmente, señor mío, yo he tenido entre mis ascendientes numerosos cardíacos. Quiero decir a usted que los sustos no me prueban bien, que me perjudican ¡que me crispan...! Si yo hubiera sabido que iba a tener el gusto de tratarle, hubiera aprendido en edad oportuna el modo de recibir los sustos con la debida cortesía.

ZALDIVAR

Una cosa tan inocente...

LORD

Cuando sienta la imperiosa tentación de dar un susto, puede usted...

ZALDIVAR

Pedir dinero prestado a los amigos.

LORD

Y, al devolverlo, el susto será morrocotudo.

ZALDIVAR

¿Aceptará usted el whisky de la concordia?

LORD

¡Cómo no! Así terminan aquí las sorpresas... y los vaticinios.

DOLLY

(Por foro derecha). Lord Hawk, vengo a escribir aquí porque en la biblioteca es imposible hacerlo.

LORD

Realmente aquello es un páramo; está muy descuidada la calefacción en ese local.

DOLLY

No, el motivo es otro. ¡Hay gente en la biblioteca!

LORD

Usted exagera, Dolly.

DOLLY

Hay tres señores discutiendo de medicina.

Parece que se trata de un enfermo grave. Me han hecho cometer varios errores, escribiendo palabras completamente ajenas a nuestro trabajo.

LORD

Y seguramente ajenas al enfermo.

DOLLY

No obstante, he puesto en limpio algunas cuartillas. ¿Desea usted examinarlas?

LORD

Bueno. (Toma las cuartillas. Se pone unos lentes enormes de concha y lee haciendo signos de extrañeza durante la lectura).

ZALDIVAR

Felices los ojos señorita Dolly. Estoy afligidísimo por la circunstancia que siempre concurre cuando tengo la fortuna de poder hablar con usted.

DOLLY

No comprendo, señor Zaldívar.

ZALDIVAR

Recuerde cuando fué la última vez que nos vimos.

DOLLY

Próximamente hace una semana.

ZALDIVAR

No próximamente, exactamente; y la penúltima el martes anterior. Esto me tiene desolado. En martes es arriesgadísimo pedir cariño

a una mujer. La negativa es segura; las calabazas inevitables.

DOLLY

(Riendo). Pero ¿de veras tiene usted esa teoría?

ZALDIVAR

Sí.

DOLLY

Entonces, la semana de usted es la más discreta que conozco. En ella, al menos, hay un día en que la mujer puede dejar el alma en reposo. Me agrada, me agrada esa idea; y de ella puede salir la adopción del descanso semanal de los corazones. ¡Oh, las mujeres agradeceríamos mucho que se estableciera ese día de la galantería!

ZALDIVAR

Pero sería también el día de la esterilidad.

DOLLY

No creo que existan días más estériles que los del amor.

ZALDIVAR

¿Por qué?

DOLLY

Porque deben ser los más fugaces, los que más rápidos transcurren, y los que más pronto parece que concluyen, y ¿puede haber algo más estéril que una conclusión?

ZALDIVAR

¿Puede haber algo más fecundo?

DOLLY

Vivir.

ZALDIVAR

Y ¿amar no es vivir?

DOLLY

Es soñar.

ZALDIVAR

¿Lo dice usted por experiencia?

DOLLY

La experiencia de haber soñado, suple en mí la inexperiencia de no haber amado nunca. Y no hace falta haber amado, para saber lo que es amor... Soñar, es realizar inconscientemente la más pueril empresa de la vanidad. Amar, es realizarla conscientemente.

ZALDIVAR

Mi encantadora amiga, yo tengo ambas empresas por las más transcendentales de la vida.

DOLLY

Puerilidad, repito; la puerilidad de todo aquello que solo es verdad transitoriamente y concluye en una realidad absolutamente contraria y lo suficientemente modesta para ser afrontada modestamente sin descender a ella desde las nubes... Pasito a pasito, por este áspero suelo, se llega menos ásperamente a la realidad de todos los días, que elevándose todas las noches a las altas regiones y teniendo que efectuar todas las mañanas un rápido descenso al país de las realidades.

ZALDIVAR

En resumen, que usted, además de confesar que no hà amado nunca, confiesa sus propósitos de no amar jamás.

DOLLY

Confieso mi propósito de no efectuar ascensiones pueriles a regiones donde nos niegan a los mortales carta de naturaleza.

ZALDIVAR

¡Qué pena! ¡Y yo que pensaba invitar a usted a que me acompañase en mi primer risueño vuelo por el país, por usted tan indeseado...!

LORD

(Que ha escuchado esta conversación). Aplace usted, por Dios, querido Zaldívar, esa nefasta invitación. ¿No comprende usted que hoy concurre la circunstancia de ser martes? ¡un día tan gafe! ¡Y si olvida usted eso, tenga en cuenta que también concurro yo!

DOLLY

Acaso le tenga a usted por una circunstancia favorable.

ZALDIVAR

La presencia de Lord Hawk es siempre, y de cualquier asunto que se trate, una circunstancia favorable.

LORD

¡Oh, vamos, sí! ¡Que soy un contragafe! De todos modos, prefiero estar ausente en estos momentos de sublime empalagosidad que pre-

ceden a los primitivos y nunca viejos duos del amor. Y, sintiendo haberme visto obligado a interrumpir el blanco acuerdo de sus blancas almas, prometo a ustedes prepararles yo mismo una entrevista a la que no concurriremos ni el martes ni yo... Ahora, si quisiera usted regalarme unos minutos de atención, miss Dolly.

DOLLY

Gustosísima.

LORD

He leído con tanta delectación como asombro, éstas cuartillas que el propio Dosioiewsky hubiera firmado ufano; pero ¿me cree usted con la suficiente ambición y el suficiente cinismo para ser yo quien las subscriba?

DOLLY

¡Cómo nó! ¡Si ha sido usted quien me las ha dictado!

LORD

Es usted pródiga de sus talentos.

DOLLY

En todo caso, seré avara de ellos, ya que busco tan buen padrino para que los proteja. Yo le suplico que no se ofenda. Se me ha presentado ocasión de vengarme de mi imaginación que me ha estado atormentando años y años...

LORD

Y la venganza consiste en lanzarla al espacio.

DOLLY

Si señor; que salga de mí emancipada, y no vuelva a hallar patria potestad. Así me emanciparé yo de ella. Pero, si usted me lo ordena, romperé esas cuartillas, y reconstruiré el relato con absoluta sujección a lo que usted me dictó.

LORD

Todo lo contrario. Agradezco la ocasión que me ofrece de practicar la más útil obra de misericordia; emanciparé a usted gustoso, del yugo de su imaginación (entregándole las cuartillas). Puede usted proseguir su tarea.

DOLLY

Hiré a hacerlo al Hall. (Inicia el mutis).

LORD

Y claro está, que partiremos el precio de las memorias.

DOLLY

Muy Gentlemán.

LORD

Convengámoslo así... (mutis Dolly por izquierda).

DUQUE

(Por dorecha llamando al mozo). A ver casa, un brebaje. ¡presto, presto, presto!

ZALDIVAR

Pero ¿aún te queda algo que aprestar?

DUQUE

¡Bilis! ¡Veneno...!

LORD

Ya me ha dicho Zaldívar, querido Duque, que estaba usted perdiendo una fortuna. Espero que Zaldívar haya estado hiperbólico una vez más.

DUQUE

¡Nada de hipérboles! Y nadie como él para apreciar la magnitud de mi suerte contraria. ¡Como que sobre su conciencia debe estar cayendo un diluvio de remordimientos!

ZALDIVAR

Mi conciencia de gafe es impermeable.

TEODOMIRO

(Saliendo por derecha, orondo). ¡Ea! ¡Se ha matado guapamente la tarde! ¡Se ha rendido el debido tributo al azar!

ZALDIVAR

Y el azar ha recompensado con largueza...

TEODOMIRO

¡Oh! No ha sido ninguna fortuna...

DUQUE

¿Quería usted ganar cien doncellas...?

ZALDIVAR

¿Para qué? Al rededor de los mil dóllares, ¿nó?

TEODOMIRO

Por las inmediaciones... (dirigiéndose a los Hawk) ¿Cómo vamos ilustre cliente? ¿Y esas memorias?

LORD

También por las cercanías de los mil dóllares, mi apreciable editor. Estoy terminando el primer capítulo.

TEODOMIRO

Me figuro que tendrá las dimensiones convenidas y los momentos culminantes estipulados. Espero que el interés se iniciciará en las primeras páginas.

LORD

En las primeras líneas, si señor. El escalofrío surge enseguida, y cada página es eslabón de una cadena de escalofríos que encadenará al lector. La veracidad exigirá, no obstante, algunas escenas delicadas, tiernas, románticas...

TEODOMIRO

Bien, bien; pero que no abunden. El público tiene de la revolución rusa un concepto... como lo diré... un concepto...

DUQUE

Pestífero.

TEODOMIRO

Precisamente. Usted no es tonto, querido duque. ¡Lástima que no haya usted presenciado alguna revolución! Yo le compraría el relato. Aunque, por supuesto, a usted no puede comprársele nada. El oro en su bolsa, es como agua en cestillo. Usted todo lo pierde al poker.

ZALDIVAR

Razón de más para que usted no regatee.

TEODOMIRO

No, no. Usted no ganará nunca. Su jugada clásica, continua, es el farol; y el farol está desacreditado en los Estados Unidos.

DUQUE

Pero ¿qué haría usted si no ligara nunca?

TEODOMIRO

Resignarme.

LORD

Yo creí que la resignación también estaba desacreditada en los Estados Unidos.

TEODOMIRO

Deje de jugar; cambie de estado; tome esposa; siente la cabeza...

LORD

De no conocer y admirar a su hija, yo le recomendaría, mi senor don Teodomiro, que dejase usted de estar soltero.

TEODOMIRO

¡Oh! Yo soy viudo, tengo un fuerte negocio, no empleo el farol, tengo suerte...

DUQUE

He aquí las condiciones que bebe reunir un jugador... Ser viudo, tener un fuerte negocio, no emplear el farol y tener suerte.

ZALDIVAR

Tan solo con esta última bastaría.

TEODOMIRO

Además, usted Duque no se modera. Tengo

la seguridad de que hoy ha perdido hasta el último centavo.

DUQUE

En efecto. Y espero que usted sea tan amable que me facilite unos dóllares hasta mañana.

TEODOMIRO

(Compungido). ¿Cuántos?

DUQUE

Doscientos.

TEODOMIRO

Pero ¡doscientos dólares son una fortuna!

LORD

La quinta parte de lo que usted acaba de ganar, y que hemos convenido muy razonablemente en que son el modesto tributo de una tarde guapamente matada.

ZALDIVAR

Y compungidamente enterrada.

TEODOMIRO

¡Caras exequias! (dando el dinero al Duque). Pero, en fin, ahí van, para que usted los derroche, y espero que no volverá usted a intentar hoy el desquite.

DUQUE

De ninguna manera. Voy a cenar, lleno de regocijo, con una mujer guapísima a la que conocí ayer.

TEODOMIRO

¿Mujer independiente?

DUQUE

No. Comprometida. Algún viejo...

LORD

Y ¿va a cenar con usted? ¡No ha debido usted llamarla comprometida! ¡esclavizada! (Duque toma un pequeño ramo de flores del Búcaro que habrá sobre una mesa cercana, envolviendo los tallos con los billetes que le ha dado don Teodomiro, y con una tarjeta, después de escribir en esta algunas palabras y ajustándolo todo con una sortija. Después toca un timbre. Ejecutando todo ello de acuerdo con el diálogo).

TEODOMIRO

(A los Hawk). ¿Y la señorita Dolly?

LORD

Ahí está en el Hall; poniendo en limpio unas cuartillas.

TEODOMIRO

Pregunto a usted si la señorita Dolly le sirve, vamos, si le es útil, si le entiende.

LORD

Prodigiosamente. Más que mi secretaria es mi colaboradora.

TEODOMIRO

Lo celebro. En casa, como acompañante y profesora de mecanografía de mi hija Gabriela, se aburría mucho. Mi hija conoce el plano de Filadelfia tan bien como la señorita Dolly, y, escribiendo a máquina casi la aventaja. En

solo media hora despacha toda su correspondencia.

LORD

¿Correspondencia de negocios?

TEODOMIRO

Sí. Cartas de amor; proposiciones matrimoniales.

ZALDIVAR

(Al Duque, viendo que éste va a envíar las flores con los billetes y la sortija). ¿Pero vas a enviar esas flores con los tallos envueltos en billetes y sujetos por una sortija? Es del peor gusto.

TEODOMIRO

¡Cómo! ¿Remite usted los doscientos dóllares previamente, y acompañados de una joya? ¡Previamente! Estoy por decir que el procedimiento es vulgarísimo.

DUQUE

Yo adopto siempre las costumbres del país en que habito.

TEODOMIRO

A Dios gracias no tenemos aquí la costumbre de envíar fortunas a las mujeres para invitarlas a cenar. Y menos previamente ¡previamente!

CRIADO

(Entrando por izquierda y dirigiéndose al Duque) ¿Llamaba el señor?

DUQUE

(Al criado). Tenga la bondad de ordenar a un recadista, que lleve este ramo a mis Peacok, a su domicilio: Pimavote Street, número ciento trece. (Mutis criado llevando el ramo).

TEODOMIRO

(Atónito). ¡Inconmensurable! ¡Definitivo! (Se pone a pasear muy nervioso).

ZALDIVAR

(Al Duque). ¡Eso no es posible! ¿Pero tu sabes quien es Miss Peacok?

DUQUE

Sí; la conocí ayer; hablé dos palabras con ella y me enamoré. Me dió sus señas, estúvo conmigo muy amable y me dejó entrever que al mismo tiempo es ambiciosa y loca. Nada más.

TEODOMIRO

(Aparte). ¡Y con mis propios dóllares! Teomiro, ¡eres un besugo!

ZALDIVAR

(Al Duque). ¿Pero tu sabes quién es el amante de Miss Peacok?

DUQUE

No; ni me lo digas. No quiero saberlo. Sentiría que fuera un amigo.

ZALDIVAR

¡Más!

DUQUE

Un pariente.

ZALDIVAR

¡Más!

DUQUE

¡El Presidente de la Repúplica!

ZALDIVAR

¡Más!

DUQUE

¡Pues no quiero saberlo! ¡Necesito no saberlo! ¡Estoy enamorado y me basta! Te prohibo por tanto, que me sigas hablando del asunto. Mañana puedes decírmelo; y estate seguro de que no cometeré una incorrección. (Siguen hablando Zaldívar y el Duque. Este, que fuma, sírvese del Búcaro como cenicero).

LORD

(A Teodomiro que sigue paseándose agitado). ¿Le ocurre a usted algo, mister Braknell? En su semblante están retratadas por mitad las imágenes del susto y del estupor.

TEODOMIRO

Pues haga usted una ampliación de esos dos retratos, ponga usted debajo un inri con letras mayúsculas, como la falsa amistad de los hombres o como la versatilidad de las mujeres, y tendrá usted un ligero bosquejo de la doble verdad de mi fisonomía y de mi cataclismo.

LORD

Yo prefiero seguir conservando de usted el recuerdo de una fisonomía rebosante de mal disimulada ingenuidad, y en la cual, a través

de un enfurecimiento postizo, brilla siempre el más sugestivo candor.

TEODOMIRO

No hay inconveniente. No solo reconozco que soy candoroso como un niño; sino bobo y grotesco como un pelele.

JORGE

(Saliendo por la izquierda; al Duque). Señor Duque: La persona a quien ha tenido usted la delicadeza de obsequiar con las flores que se bañaban en ese búcaro, que en la actualidad le está sirviendo de cenicero, aguarda en su automóvil a la puerta del Club.

DUQUE

¿Miss Peacok?

JORGE

No he creído discreto conservar en la memoria el nombre de la persona a quien ha destinado usted las flores de ese búcaro... que le sigue sirviendo de cenicero.

DUQUE

Voy a salir al instante.

JORGE

¿Desea que le traigan sus prendas de calle?

DUQUE

Sí. (Jorge, toca uno de los timbres. Aparece vertier. Al vestier).

JORGE

El señor Duque del Oriflama se dispone a salir (mutis vestier).

DUQUE

(A Zaldívar, en pie). Mis flores han dado un resultado fulminante. Envídiame, chico.

ZALDIVAR

Tus flores, y tus dóllares, y tu sortija, y tu desfachatez; cosa, esta última, con la única que has contribuido de tu peculio personal para conseguir esta cita. Pero me creo obligado a exigirte que me escuches ahora, ya que antes no he podido lograrlo. No puedes concurrir a esa cita: tu caballerosidad lo impide, (Entra el vestier con las prendas de calle del Duque).

JORGE

(Ofreciéndole el abrigo y ayudando a ponérselo). Sus prendas, señor Duque.

DUQUE

(A Zaldívar). Déjame de monsergas. Creo que antes de un cuarto de hora podré enviarte aviso para que acudas a una cena feliz.

ZALDIVAR

Me anonada el criterio cerrado que tienes para afrontar los disparates.

TEODOMIRO

(Que al llegar el criado se apresuró a salir al Hall. Apareciendo muy excitado. Aparte). ¡Efectivamente! ¡Ella! (alto, viendo al Duque que va a salir, deteniéndole). ¡Caballero! ¡Señor Duque!

DUQUE

¿Qué quiere usted don Teodomiro? Tengo

prisa. Me esperan abajo. ¡Es la aventura! Como usted ve, no vuelvo a picar en el poker.

TEODOMIRO

(Graciosamente severo). Pero pica usted más alto, señor mío. Por peligroso que sea jugar con los naipes, resulta menos peligroso que jugar con fuego. Al poker tiene usted escasísimas probabilidades de ganar, porque solo juega usted de farol, pero cabe la posibilidad. En el juego que ahora ha elegido usted, la pérdida es segura.

DUQUE

Pero el farol da mejores resultados.

TEODOMIRO

Prescindamos de toda metáfora, caballero. Según todos los indicios, la dama que abajo le espera es miss... (En este momento aparece Gabriela, que para sorprender a su padre le tapa los ojos haciendo venda con las manos. El duque se queda asombrado al ver la belleza de Gabriela). ¡Qué es ésto! ¡Un atentado! ¡A mí la servidumbre! ¡Aquí nadie conculca la ley seca! ¿Quién ha sido el delator? ¡A mí la servidumbre! ¡Soy el presidente!

GABRIELA

(Dejando ver a su padre). Pero papá, ¡que concepto tan divertido tienes de los atentados! ¡que trágico concepto de tu jerarquía! ¡qué modos más amables de emplear tu autoridad!

TEODOMIRO

¡Hija mía! Tus bromas, sobre ser poco for-

males, son poco oportunas. Hablaba con este señor de un asunto delicado.

GABRIELA

(Siempre risueña). Lo cual prueba que no hay inconveniente en que yo participe de la conversación.

DUQUE

Que concluía al llegar usted...

GABRIELA

(Al Duque). Caballero; estará bien que se dirija tan solo a mi padre, hasta que éste se acuerde de que debe hacer nuestra presentación.

TEODOMIRO

Es innecesario. El señor Duque del Oriflama abandonaba el Club en el momento de tu llegada.

DUQUE

(A Teodomiro). ¿Pero me decía usted que la dama que me espera a la puerta era Miss Peacok...?

GABRIELA

Una mujer preciosa.

DUQUE

(A Gabriela). Si no se la compara con usted... Mil perdones, señorita; pero aunque no estemos presentados, estas espontáneas palabras no se las puedo dirigir a su señor padre.

GABRIELA

Exactísimo.

DUQUE

(A Teodomiro). Miss Peacok ¿tiene algo de particular?

TEODOMIRO

Nada. Quería solo advertir a usted que esa dama tiene más edad de la que representa.

GABRIELA

¿La conoces tu, papá?

TEODOMIRO

Es un vago e inocente recuerdo de mis veinte años.

JORGE

(Por la izquierda). Señor Duque: miss Peacok manda aviso de que empiezan a secarse las flores que usted la ha enviado procedentes del búcaro...

DUQUE

¡Que ya no me sirve de cenicero! (mutis Jorge. A Teodomiro). Mi buen amigo... (le tiende la mano, que Teodomiro rechaza. A Gabriela). Beso a usted los pies. (Gabriela hace una leve inclinación de cabeza. Vase Duque).

TEODOMIRO

¿Nos dirás al menos, hija mía, a qué debemos tu visita?

GABRIELA

Sin el temor de que ustedes me tomaran por frívola, les diría la verdad, o sea que he venido con el exclusivo objeto de verte, papá; pero será preferible que ustedes supongan que

he venido a tomar una taza de té. Y aprovecharé la ocasión para hablar confidencialmente con miss Dolly.

TEODOMIRO

El sitio, hija mía, no es el más apropósito para venir a tomar el té una señorita y menos para tener una conversación confidencial.

GABRIELA

Esto último imposible, si piensan ustedes permanecer aquí.

LORD

Encantadora miss Braknell, yo como extranjero me creo en el deber de traducir sus palabras. (A Teodomiro y Zaldívar). Amigos míos: invito a ustedes a jugar unas carambolas. (Los tres se levantan y se van por derecha).

TEODOMIRO

(Refunfuñando). ¡Chiquilicuatra!

DOLLY

(Entrando por izquierda). Acabo de oir que desea usted hablar conmigo confidencialmente (Toma asiento junto a Gabriela, frente a la puerta del Hall).

GABRIELA

Imparcialmente, que viene a ser lo mismo... Dolly, eres mi mejor amiga; mi maestra, mi confidente. Puedo seguir hablando y obrando a la americana aun en tu presencia... Nos conocemos bien. Sabes cuál es mi verdadero modo de ser, y cómo son mis sentimientos:

tiernamente femeninos, serenamente razonables, ingenuamente sencillos... Pero es preciso aparentar un escepticismo práctico, una rebeldía de costumbres y una independencia de carácter que, a la vez que suprima obstáculos y abrevie trámites, nos preste cierto sello de originalidad... ¿No son tus consejos?

DOLLY

En efecto. Una señorita americana y millonaria puede tener originalidades; puede buscar el amor sin esperar a que el amor la busque a ella; puede abatir prejuicio ñoños... Todo ello, claro está, sin perder el decoro. Solo se necesita para eso, ser fuerte, ser tenaz, mostrar continuamente una impecable impavidez externa, y no dejar adivinar que se sienten en el fondo timideces de paloma. Huir con un gesto indiferente antes de pronunciar una sola palabra con voz temblorosa, o antes de dejar asomar una lágrima delatora. Suspirar a solas, y en público, ante los hombres sobre todo, adoptar una risa alborotadora o una sonrisa de desconcertante ironía... La inteligencia de usted, ha comprendido todo esto admirablemente.

GABRIELA

No debo sin embargo, cambiar a cada instante de personalidad. Hoy es día en que debo obrar más con la inteligencia que con el corazón. Tu me comprenderás de todos modos.

DOLLY

Creo que sí.

GABRIELA

Bueno, pues... tu elogiado Duque español, tiene algunos defectos. Quiero decir, que solo tiene algunos, y, por tanto, que tiene muchas cualidades. Estas pueden concretarse en dos palabras: me gusta. Celebro pues haberle conocido; cosa que he estado a punto de no lograr esta tarde. Y hubiera sido una lástima, pues ardía en curiosidad después de las ausencias que de él me habías hecho.

DOLLY

¿Y qué defectos le encuentra usted?

GABRIELA

Uno muy grande, y que surge a simple vista: es un entusiasmable. Le he causado un efecto mágico. Se ha ido ilusionado y deslumbrado. Volverá. Aplazará o cortará su entrevista con esa belleza que yo no conozco y conoce papá lo cual la desprestigia doblemente. Y habré de sentirme muy original para que el Duque español no pierda el buen concepto que se ha formado de mí. ¡Una belleza interesantísima!, pensará. Y volverá a saber si merezco la pena de que me haga el amor. No le daré tiempo. Si yo por mi parte tengo un feliz resultado en mis observaciones, el Duque se casará conmigo cuando yo quiera casarme con él.

DOLLY

Aquí está el Duque. (Entra el Duque con el ramo de flores en la mano. Al ver a Gabriela y Dolly, se queda indeciso y turbado).

GABRIELA

(A Dolly, levantándose). Vete. (Al iniciar Dolly el mutis, la detiene). Si no, espera; harás nuestra presentación (al Duque) caballero, puesto que usted manifestó tan vivos deseos de serme presentado...

DUQUE

Señorita, yo no he manifestado nada, yo no tengo interés...

GABRIELA

No obstante... (indicando con un gesto a Dolly, que les presente).

DOLLY

(Obedeciendo). Mis Gabriela Braknell, el sol de Pensilvania. El Duque del Oriflama, caballero español. (El alarga la mano a Gabriela que se hace la distraida).

GABRIELA

(A Dolly). Hasta ahora, Dolly. (Dolly hace mutis por derecha). ¿Conque no tiene usted interés en serme presentado, y me trae usted un ramo de flores?

DUQUE

Estas flores, señorita...

GABRIELA

Si, si; ya se de dónde proceden. Pero es lo mismo. La dama iría enguantada. (Se pone el guante de la mano derecha). Puede salvarse todo pecaminoso contacto, (cogiéndole el ramo y sacando la sortija y los billetes) ¿y estos

dóllares? La cosa no parece que le acredite de sensato. Rumboso sí, pero de cierto mal gusto. ¿Le harán a usted falta?

DUQUE

Me los acababa de facilitar mister Braknell.

GABRIELA

Tanto mejor para él. Los recobrará enseguida; se los devolveré yo misma. ¿Le dió usted resguardo?

DUQUE

No.

GABRIELA

Mi padre es voluble... Repito que puede usted estar seguro de la devolución.

DUQUE

Lo estoy, señorita.

GABRIELA

(Limpiando la sortija y examinándola). En cuanto a esta sortija..., carece de valor y no debe de tener mérito... Devuélvala usted mismo.

DUQUE

(Recogiéndola). ¿A quién?

GABRIELA

A su dueño.

DUQUE

(Muy digno). No tiene otro dueño que yó, miss Braknell.

GABRIELA

También usted es voluble... En cuanto a las flores, las conservaré eternamente hasta que se sequen. O mejor, las enviaré al Museo de Horticultura; Unas flores que se van a conservar eternamente, ofrecerán interés a la ciencia... Ahora, hábleme usted: cuénteme siquiera su odisea de estos últimos diez minutos. Miss Peacok, guapísima ¿no...? Ahora que nos conocemos, hubiera estado mejor lo de «no comparándola con usted...» ¿Qué? ¿no se le ocurre a usted nada...? (Toca un timbre. Viene Jorge). Dos whiskys. (Se sienta). Puede usted tomar asiento. (Duque se sienta. Gabriela saca una petaquita; enciende un pitillo, ofreciendo otro al Duque. Fuman). ¿Un ámbar? (Pausa. Jorge sirve whisky que trae criado segundo, y pone a Gabriela un cenicero y al Duque un búcaro. Al Duque). Solo le falta a usted estar sentado sobre un taburete gótico para inspirarme un respeto ancestral.. (Bebe despacio. Brindando). ¿Por su verbo fácil?

DUQUE

(Bebiendo a su vez). ¿Por su deseado enmudecimiento? (Gabriela hace signos como de coserse la boca. Pausa larga. Gabriela va deshojando el ramo de flores; al terminar toca un timbre. Viene Jorge con botella de whisky. Gabriela le ordena por señas que sirva al Duque; ella lo rechaza. El Duque, anonadado, deja hacer).

GABRIELA

(Repentinamente). El matrimonio es una ro-

tura de hostilidades, un abordaje de mutuos rencores.

DUQUE

Frases muy bonitas; como suyas, señorita.

GABRIELA

Son frases de un filósofo alemán.

DUQUE

Lo deploro. (Nueva pausa).

GABRIELA

Amigo mío; tengo seis pretendientes... (Con cierta burlona coquetería). Es decir, creo que tengo siete... ¿Por cual cree usted que debo decidirme?

DUQUE

(Amoscado). Pregúnteselo a su confesor.

GABRIELA

No conoce más que a seis. Al séptimo no he podido presentársele todavía. Acabo de conocerle yo misma. Es usted.

DUQUE

(Estupor). No recuerdo haberla hecho nunca el amor.

GABRIELA

¿Y qué le importa a usted el pretérito?

DUQUE

Al presente nadie diría que yo la estaba enamorando.

GABRIELA

Al presente lo que ocurre, es que no sabe

usted qué ruta tomar para hacerme el amor. Pero yo soy muy bondadosa y le libraré de obstáculos. (Dándole la taza con el whisky). Beba usted. (El bebe). Y ahora, ¿está usted absolutamente seguro de quererme...?

DUQUE

¡Gabriela...!

GABRIELA

¿Aún nó? (Va a alargarle de nuevo la taza).

DUQUE

(Rechazando el whisky; nerviosísimo; levantándose). ¡Para qué! ¡No es necesario! Si el atolondramiento es cariño, sí, la quiero a usted, la idolatro; esté usted segura de que la idolatro. Y si el matrimonio es aire, crea usted que necesito casarme o moriré asfixiado.

GABRIELA

¡Qué torbellino! (Vacía la taza de whisky del Duque). ¿No encuentra usted algo prematuro hablar de matrimonios? ¡Hay que reconocer que no somos amigos de la infancia...! Aunque también hay que reconocer que ésta no es ocasión de mentar a la infancia.

DUQUE

(Un tanto repuesto). Si he estado brusco presento a usted mis escusas...

GABRIELA

No tiene usted de qué excusarme, como no sea de la primera parte de nuestra conversación, por la que ha estado usted a punto de quedarse soltero una vez más. Pero ahora, con

toda ecuanimidad ¿insiste usted en que me idolatra?

DUQUE

(Después de un instante de vacilación). Insisto.

GABRIELA

(Sincera). Piense usted que el cariño no es atolondramiento. El cariño es confianza, es tierna amistad, apasionada ternura, algo que dilata el corazón y llena el alma de luz y los ojos de alegría...

DUQUE

(Entusiasmado, acercándose a Gabriela que le rechaza amable). ¿Estas frases de ahora...?

GABRIELA

También yo soy voluble... Deme usted su tarjeta. (El Duque extrae una tarjeta de su cartera, y, sin leerla, se la entrega a Gabriela, la cual la lee, toma notas y se la devuelve). Tenga usted; quedo enterada del nombre y domicilio de esa bella miss Peacok con la cual sentiría que hubiera usted concertado un duelo, o, algo peor, una alianza; una de esas cosas habrá ocurrido, puesto que han cruzado ustedes sus tarjetas.

DUQUE

(Al comprobar su equivocación). Aseguro a usted que yo deploro...

GABRIELA

¿Por qué? Estas señas pueden servirme para preguntar a su inlograda amiga qué firma llevaba el precioso vestido con que acudió hoy

a la malograda entrevista... Pero, subsanemos el error. Deme usted su tarjeta, la de usted mismo, la que obstente su nombre de usted precisamente. (El Duque saca otra tarjeta, y después de cerciorarse de que es la suya efectivamente, se la entrega a Gabriela quien también la examina). Muy lindo blasón; ¿y esta leyenda?

DUQUE

El lema de mi casa.

GABRIELA

¿Qué reza...?

DUQUE

«Nada alcanza en cuna y fama a la casa de Oriflama».

GABRIELA

Voy a copiarlo, aunque tenemos que hacerle una ligera variación. (Toma nota). También apunto las señas del Home que usted habita en Filadelfia. Ahora unos datos secretos: es tímido, voluble y desafortunado..., se pasa el día bebiendo y jugando; ¿qué más?

DUQUE

Yo deploro el mal concepto en que usted me tiene.

GABRIELA

¡Ah! Y deplorándolo todo. (Devolviéndole su tarjeta). Devuelvo a usted su tarjeta y no le doy la mía porque no lo juzgo preciso. Ya sabe que me llamo Gabriela y ostento el apellido de mi padre, que usted, como hombre agrade-

cido, no olvidará nunca. Mi domicilio es también el de mi padre. Y no hay por qué decir, que usted sabe donde está enclavado, pues usted, sin duda, como hombre correcto pensaba visitar mi casa en el término de veinticuatro horas, para mostrarse cortés en su trato y exacto en sus pagos.

DUQUE

Necesito, en efecto, visitar a su señor padre.

GABRIELA

Ya no; digo, ¡a no ser que se trate de alguna otra vieja deuda!

DUQUE

Es usted implacable.

GABRIELA

Pero concretemos, si a usted le parece. En América, es un pecado divagar. Escúcheme usted atento. Grabe bien en su memoria mis ruegos.

DUQUE

Los grabaré como si fueran órdenes.

GABRIELA

Seràn solo ruegos.

DUQUE

En Europa, los ruegos de las damas son órdenes para los caballeros.

GABRIELA

En América huelga la lisonja.

DUQUE

La galantería es la divisa de los europeos.

GABRIELA

Pues tenga usted la galantería de no interrumpirme. Es mi primera orden. Obedézcala. En Europa como en América, será un pecado desobedecer.

DUQUE

La escucho.

GABRIELA

Yo no soy tan descuidada como mi padre, necesito un resguardo, en el que usted se afirme y ratifique en su para mí muy grata declaración de amor. Puede usted usar las abreviaturas. No se olvide fechar y rubricar el escrito. Muéstrese cortesmente cordial, pero, para no tenerse que atormentar ideando una figura retórica que delate el júbilo de su alma, suprima usted esa delación. Es feo ser delator, y mucho más serlo de la propia alma. Todas mis observaciones y la inconseguida aventura con miss Peacok y la prematura devolución de los doscientos dóllares a mi padre, me hacen suponer que voy a separarme de usted dentro de un instante, dejándole lleno de amor, de preocupación, de contenida vehemencia y de ciega penuria. La mejor disposición para que usted se ocupe de redactar la carta que le he encargado.

DUQUE

Y que ya, con un pequeñísimo esfuerzo por su parte, podría usted dictarme y hasta casi llevar a su destino.

GABRIELA

Dictaría a usted una carta estúpidamente indiferente. Y, en cuanto a ser yo la portadora, ¡ni pensarlo...! Soy indiscreta por ley fundamental, pero no dejo de comprender que para cierta clase de misiones la discreción es muy recomendable... ¿Puedo seguir transmitiéndole mis órdenes?

DUQUE

No tengo fuerza para impedírselo.

GABRIELA

Yo regresàré hoy a casa algo tarde, con la ilusión de encontrar la esperada misiva que tanto me ha de sorprender.

DUQUE

Esa misiva ¿es la mía?

GABRIELA

Lo adivinó usted... Mañana le enviaré como respuesta, nada, dos líneas: las señas de mi floristo, de mi Joyero. El ramo de flores con que pagará usted mi primera carta puede mandarle confeccionado a su gusto; creo que su patria de usted es la patria de las flores.

DUQUE

En efecto; y nunca lo celebré como en esta ocasión que me permite llamar a usted mi compatriota.

GABRIELA

Veo que nuestra honrosa patria común es también patria de la oportunidad... Pero déje-

me regresar a mi patria nativa, y concluir de dictarle mis órdenes... Yo pasaré ahora por casa de mi joyero y eligiré—pues después de ver la sortija que usted lleva, no me fío mucho de su buen gusto--la piedra que usted me enviará.

DUQUE

Pero ¿cuándo?

GABRIELA

Al cruzarse entre nosotros la segunda carta, al día siguiente de la primera, pasado mañana jueves. Para el viernes puede usted preparar su despedida de soltero. Una cena seria, flugal, rociada con vinos de nuestra patria común. Aquí en el Club hay un cocinero ilustre. La noche de esa fiesta, yo no saldré de casa; acaso pareciese incorrecto... Invitaré a mi padre en nombre de usted para que concurra a la comida; pero me hará usted el favor de no consentirle aficionarse al néctar de los vinos españoles, y me le restituirá usted temprano a casa, pues yo estaré impaciente por saber cómo se ha conducido mi futuro en su última cena de soltero.

DUQUE

Entonces, ¿al día siguiente será la boda?

GABRIELA

Va usted muy de prisa, querido amigo; pero como yo soy compasiva calmaré su curiosidad y su zozobra dándole esperanzas... y permitiéndole besar mi mano por última vez.

DUQUE

¿Por última vez?

GABRIELA

Por última vez le otorgo mi autorización porque espero que... en lo sucesivo... será innecesario. (Vase rápida por izquierda. El Duque se queda viendo partir a Gabriela, sin acabar de reponerse de las impresiones sufridas).

DUQUE

Pomposamente, genialmente, enigmáticamente, como vino, se vá. Y tan aturdido como me dejó su entrada, me deja su salida... Apareció aquí hace un cuarto de hora juncalmente y juncalmente desaparece... Al llegar, yo no se que alegre pasodoble me pareció que oía; y ahora creo oir una marcha nupcial, no se si alegre o burlona. De todos modos, aquí acaba de acordarse una boda, ¡mi boda...! No puedo asegurar que me siento dichoso, pero ¡he dado mi consentimiento! Tengo el deber de sentirme enamorado y debo empezar por mostrarme activo. ¡La suerte está echada! (Como confortado por la determinación que acaba de tomar, se dirije animoso hacia la sala de recreos en el momento en que salen de ella Teodomiro y Zaldívar. Dirigiéndose a Teodomiro). Mister Braknell: si usted, en lugar de haberme dicho que miss Peacok tiene más edad que la que representa, me hubiera dicho que era su amante, yo no hubiera procedido de una manera tan lamentable.

TEODOMIRO

(Despectivo). Caballero, es usted muy indulgente al juzgar su propio proceder. (Le vuelve la espalda y va a sentarse).

DUQUE

(A Zaldívar). Majadero: si tu me hubieras dicho siquiera el inconfundible patrinímico de mi rival, yo no hubiera cometido tanta torpeza.

ZALDIVAR

¡Pero hombre, por Dios, si hemos estado a punto de chocar por pretender decirte...!

DUQUE

¡Chocar, descarrilar, perecer...! ¡Hoy es día de todo eso! (Llama con palmas; comparece Jorge). Un whisky. (Al iniciar mutis Jorge, el Duque vuelve a llamarle). Tome la orden a los señores.

JORGE

No es preciso. (Vase).

TEODOMIRO

(Burlón. Al Duque). Parece que miss Peacok le ha mandado a usted con cajas destempladas.

DUQUE

Miss Peacok es una mujer bien educada, pero prosáica como sus protectores; y se ha creído en la obligación de darme a conocer el nombre de esos protectores.

TEODOMIRO

Protector, querrá usted decir. El singular es muy interesante.

DUQUE

Pero el plural es más verídico. He escuchado unos quince nombres. Al oir el de usted he tomado el ramo que envié a miss Peacok y que ésta había conservado entre sus manos durante toda nuestra conversación, la he pedido mil perdones, y he vuelto a subir al Club bastante nervioso. Eso es todo.

ZALDIVAR

Pero ¿Y el ramo?

DUQUE

Ahí está, deshojado. Iba a ser remitido a un Museo, pero ha quedado para la basura.

TEODOMIRO

¿Y los doscientos dólares?

DUQUE

Se los he dado a la misma persona que ha deshojado el ramo. Prometió devolvérselos a usted enseguida.

TEODOMIRO

Pero ¿a qué persona ha dado usted ese encargo?

DUQUE

A una persona con la que voy a contraer matrimonio dentro de muy pocos días. A Mis Gabriela Braknell.

TEODOMIRO

(Levantándose atónito y amenazador). ¡Caballero: ese disparate solo tiene disculpa por la

excesiva cantidad de whiskys que usted lleva en su cuerpo! ¡Casarse con mi hija! ¡Nunca!

DUQUE

Tendrá usted ocasión de comprobarlo asistiendo a la boda, y antes a mi despedida de soltero. Hemos convenido en invitarle.

TEODOMIRO

¿Seré yo el borracho...? De todos modos habrá que ponerse a tono... Caballero: espero que dentro de unos instantes habré conseguido ahogar en alcohol este odio mortal que siente hacia usted... Confío en que entonces podré demostrarle la imposibilidad de otorgar mi consentimiento paterno para esa boda estrafalaria a que ha tenido usted la gentileza de invitarme. (Con cierta furia, llamando). ¡Haber casa, casa, una cuarterola de whisky!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

ACTO SEGUNDO

Salón, en la casa de soltero que habita el Duque del Oriflama en Filadelfia. Cuatro puertas; la primera que da acceso al vestíbulo; la segunda a la habitación del Duque; la tercera a la habitación destinada a huéspedes, y la cuarta al pasillo que lleva al cuarto del criado, cocina, etc. Buenos muebles. Confort. Un amplio diván sobre el que duerme, vestido de smoking y cubierto con una gran piel de oso, de las que suelen colocarse a los pies de dichos muebles, Zaldívar. En toda la habitación, restos de una noche pasada en claro por varios amigos El Duque juega al bacarrat, él solo, llevando a la vez la banca y los paños... Daniel, ayuda de cámara del Duque, anda por la escena comenzando a ponerlo todo en orden.

DUQUE

(Sirviendo las cartas). ¡No va más! ¡no admito más! ya va bien cargado... Es el pase del desquite. (Mira sus cartas). Doy carta. Perdón, perdón. Abato, abato con ocho. ¡Ya era hora...! (Mirando las cartas de los paños). Este, aprés... ¡Qué naipe tengo...! ¡Este nueve! ¡No hay medio! ¡Ni jugando con los espíritus!

DANIEL

Pero ¡es posible que el señor no se canse!

DUQUE

Me canso, Daniel, me canso... ¡Pero no me rindo! Me subleva la mala suerte y quiero batirme con ella.

DANIEL

Comprenda usted que puede llegar alguien... y verle... y pensar...

DUQUE

Los especuladores del pensamiento duermen; a estas horas solo velamos los especuladores de la baraja... Pero déjame, que es el último pase... (A los paños). A diez o más cartas ¡hagan juego...! (Cuenta las cartas que quedan). No se molesten. No hay pase. No quedan cartas.

DANIEL

Ahora que habla usted de cartas, señor Duque... Voy a darle las que trajo ayer el correo de España.

DUQUE

Déjalas para otro día.

DANIEL

De ningún modo. Ayer consentí por no aguarle la fiesta. Pero hoy debe leerlas el señor. (Las extrae de un bolsillo interior donde las guarda cuidadosamente). Le advierto que hay una y muy abultada, de la señora Duquesa viuda. También hay otra del administrador de Madrid y otra del de Los Chaparrales; y por fin otra que acaso se sepa usted de memoria.

DUQUE

Pero ¿cómo has averiguado la procedencia? ¿Las has abierto acaso?

DANIEL

Conozco divinamente la letra de los sobres. Hasta del que viene escrito a máquina.

DUQUE

El cual contiene la carta que me sé de memoria. ¡No me digas más! ¡Aparta de mí ese cáliz! ¿Vieja deuda que me avergüenza y quisiera saldar...?

DANIEL

No hay prisa.

DUQUE

(Asombrado). ¿Cómo? ¿Y dices eso tú, el hombre más honrado que conozco?

DANIEL

Sí.

DUQUE

¿Tu has tenido alguna vez una deuda?

DANIEL

Jamás, ¡antes la muerte!

DUQUE

¿Y sientes hacia mí algún cariño?

DANIEL

Más que hacia mí mismo.

DUQUE

¿Cómo comprender entoces lo que has dicho, de que no debo tener prisa en pagar?

DANIEL

Porque un criado puede vivir sin dinero,

pero no con deudas; mientras que un amo puede vivir con deudas, pero no sin dinero.

DUQUE

No veo por qué esa diferencia.

DANIEL

Por la diferencia de jerarquías.

DUQUE

Creí que la jerarquía se basaba en todo lo contrario.

DANIEL

Pues nó. Amo es quien puede disponer de dinero para pagar un criado, aunque no disponga de fondos para disponer de sí mismo; criado es quien ha logrado disponer de sí mismo gracias a los fondos de su amo.

DUQUE

Pero el ideal ¿no será servir a un amo que además de disponer de sus criados disponga de sí mismo?

DANIEL

Ha mentado usted a quien menos agrada servir: al déspota.

DUQUE

No sabía que tuvieras ideas políticas.

DANIEL

¿Ideas políticas?

DUQUE

Más disolventes de lo que imaginas.

DANIEL

Pues le aseguro que no pretendo que se disuelva nada; es decir, que no me importa que se disuelva todo con tal de que no se disuelva mi familia.

DUQUE

¿Hasta dónde llega tu familia?

DANIEL

Empieza y acaba en usted.

DUQUE

(Asombrado y admirado. Afectuoso). ¡Dios me ayude a venerarte como mereces!

DANIEL

¿Merezco que el señor Duque se digne leer estas cartas?

DUQUE

¡Uf...! Me rinde el sueño. Pero si me perdonas las demás, accedo a leer las de mi madre.

DANIEL

Convenido (Saca una abultada carta de un paquete y se la entrega a su amo).

DUQUE

Y manda que vistan de limpio tu cama, porque me voy a zambullir en ella en cuanto lea esta misiva maternal. (La abre lentamente).

DANIEL

¿Qué dice el señor?

DUQUE

Lo que oyes. No queda otro lecho disponi-

ble. ¿No sabes que lord Hawk ha invadido mi habitación, y que en la del huésped duerme el marido?

DANIEL

Podríamos despertar al señor Zaldívar.

DUQUE

Sería despótico, querido Daniel. Anda, haz lo que te he encargado. (Daniel sale y vuelve pronto, observando discretamente al Duque que lee la carta de su madre. Con dicha carta han llegado algunos retratos del tamaño de tarjetas postales que el Duque deja sobre la mesa, así como la carta una vez leída).

DUQUE

(Comentando lo que lee). Magníficos proyectos, en los que veo reflejados todos los cariños maternales... Para atraerme me pinta con los más vivos colores un porvenir capaz de despertar el entusiasmo de un espíritu sencillo... pero que constituye para mí un minucioso programa de aburrimiento... (Prosigue la lectura). ¡Oh! (Con jovial enfado). ¡Aquí comienza la reprimenda!

DANIEL

¿Riñe?

DUQUE

¡Ruge!

DANIEL

¿Pedirá que regresemos cuanto antes?

DUQUE

Ordena que volvamos al punto.

DANIEL

¿Mentará a la primita?

DUQUE

La mienta... y miente. Miente con un infantil buen deseo que no acierto a agradecer. Dice que ha leído en nuestros corazones y que ha leído que nos queremos... ¡Si ella supiera...!

DANIEL

¡Si ella supiera que su futura nuera es una perla transmarina...!

DUQUE

(Mezcla de asombro y enojo. Sin saberlo ni quererlo, jovial). ¿A qué perla transmarina aludes, desdichado?

DANIEL

(Inmutable y gozoso). A la ducal prometida de mi amo... perdone usted que hasta este momento no le haya expresado mi felicitación...

DUQUE

¡Ah bergante! ¡Mi desgracia cuenta también con tu complicidad...!

DANIEL

Su buena suerte cuenta también con mi colaboración.

DUQUE

¿Quién te ha puesto a tí en antecedentes? ¿Acaso ese funesto de Zaldívar? (Haciendo ademán de ir sobre éste). ¿Voy a...?

DANIEL

(Interponiéndose). No hubiera bastado... Mis

alabanzas a la futura Duquesa provienen del trato personal.

DUQUE

Pero ¿tu la conoces?

DANIEL

Me alcanza ese honor.

DUQUE

(Conminándole). ¡Explícate! Explícate Daniel o te mando a la calle importándome un ardite tus años de servicio, y tu lealtad, y tu pelo blanco...! ¡Es ya demasiado que el humorismo se contagie hasta a los criados... transmarinos!

DANIEL

(Sin apurarse; algo flemático, sino humorista). No logra usted enfadarse; y es lo más equitativo. Pero, le explicaré, le explicaré... He tenido la honra de servir el té a la prometida del señor Duque.

DUQUE

¿Cuándo?

DANIEL

Ayer.

DUQUE

¿Dónde?

DANIEL

Aquí mismo. Miss Gabriela se presentó en esta casa en ocasión en que usted, naturalmente, se hallaba fuera. Venía con otra señorita menos campechana...

DUQUE

¡Hombre! ¡Campechana! Te agradezco la palabra. Yo la he estado buscando muchas horas y no daba con ella. ¡Hay que ser muy sencillo para no hallar complicadas ciertas cosas! Prosigue.

DANIEL

Miss Gabriela me explicó el objeto de su visita. Yo la escuché encantado y sin aturdirme lo más mínimo. Con señoritas así todo corazón, que no tienen gazmoñería y no son pacatas ni asustadizas, se siente uno muy sereno. A los dos minutos de hablar con ella, me sentía yo tan respetuosamente confiado como cuando hablo con usted, o como cuando hablo con la señora duquesa viuda, o como cuando hablaba con el difunto senor Duque. ¡Cuánto se parecen los aristócratas de aquí a los de España...!

DUQUE

No digas disparates, Daniel. Además, miss Gabriela no es aristócrata.

DANIEL

¿Pues qué es?

DUQUE

Es la hija de un comerciante.

DANIEL

Claro.

DUQUE

¿Eh?

DANIEL

Que claro. Que todos somos hijos de comerciantes, usted y yo y todos. Verdad es que usted compra y vende mucho y que yo no comercio casi, porque usted tiene las paneras repletas y yo las tengo vacías.

DUQUE

¡Cuando yo digo que tu lo que tienes son unas ideas de lo más disolventes...! Pero en fin ¿cuál era el motivo de la visita de miss Gabriela?

DANIEL

Tomar informes. Ver como estaba usted instalado, ver los retratos de familia, saber el género de vida que usted hace...

DUQUE

(Un tanto despectivo). ¡Y se lo viene a preguntar a un criado!

DANIEL

(Serio). Eso hizo. Sin comprender acaso que el criado, influido por los lazos del cariño que ató toda una vida, podía ser parcial...

DUQUE

(Pesaroso). Quienes a veces son parciales son los señores, mi buen Daniel... Celebro que miss Gabriela te haya parecido digna de mí.

DANIEL

Dignísima.

DUQUE

¿Y crees que todo esto acabará en boda?

DANIEL

A no ser que haya pretendido usted burlarse de una señorita tan angelical... y usted es incapaz de eso.

DUQUE

Soy incapaz de una burla; tu lo has dicho. ¡Lo peor es que al fin el más angelical resulte yo...! Pero como los ángeles también necesitan reposo, me vas a permitir que me retire a descansar. Me despiertas a media tarde. (Ademán de irse).

DANIEL

Recuerde que hoy está usted invitado a almorzar en casa de su prometida.

DUQUE

Avisa que no puedo ir; que estoy indispuesto.

DANIEL

Comprenda el señor lo incorrecto de proceder así en vísperas de boda.

DUQUE

¿Pero estoy en vísperas de boda?

DANIEL

¡Quién lo duda!

DUQUE

¡Nada más que yo! ¡Únicamente mi modesta persona! (Se ha ido retirando y habla ya desde la puerta). Pero me rindo sumiso a vuestras afirmaciones. No me gusta ser terco. ¡Si al menos ahora me dejaseis dormir hasta el momento de la ceremonia...! (Mutis cuarta puerta).

DANIEL

¡Como su difunto padre! Buenísimos en el fondo, pero, como educados en el regalo, amigos de imponer su voluntad. (Ordenando la habitación llega a la mesa donde el Duque dejó la carta y las fotografías, poniéndose a examinar éstas). ¿Qué es ésto? Yo conozco esa vista. (Leyendo el pie de la fotografía). «Los Chaparrales», «Casa solariega». ¿Cómo no me lo habrá dado a ver el señor? Acaso ni él mismo se ha fijado. ¡Las nochecitas en blanco y este endemoniado bacarrat!

ZALDIVAR

(Que acaba de despertar. Oyendo las últimas palabras de Daniel, y levantándose sin acabar de despabilarse, friolero, envolviéndose en la piel de oso). ¿Bacarrat? ¡mi punto fatídico y perenne! ¿Con quién estoy a prés? ¿Contigo, Daniel?

DANIEL

¡Señor Zaldívar, que son las diez de la mañana...!

ZALDIVAR

¡Ah! Es con la hora con quien estoy a prés.

DANIEL

Mire, mire usted ésto a ver si le gusta.

ZALDIVAR

(Acercándose y mirando la postal. Sin ganas, con sueño aún, sin reparar mucho en lo que se le muestra). Bonito. Bonito panorama... Pero yo preferiría un whisky, un whisky con

leche, ¡se levanta uno con la lengua como un estropajo!

DANIEL

¡Qué estropajo, ni qué whisky, ni qué ocho cuartos! (Volviendo a mostrarle la postal). Fíjese usted bien.

ZALDIVAR

(Tomando la postal a regañadientes, y antes de mirarla). Eres demasiado metódico, querido Daniel, para comprender la impertinencia que supone ofrecer tarjetas postales a un caballero que está en plena resaca; muerto de sueño y de ardor de estómago... ¡Hay caprichos domésticos...! (Mira la fotografía). Perdona; no sabía lo que me ofrecías. Es la casona solariega donde nació el Duque.

DANIEL

¡Y donde nací yo...! Piedras y tierra ¿verdad? ¡Y cuánto dicen...!

ZALDIVAR

Pero es triste que para escuchar el lenguaje fraternal de la tierra, haya que ausentarse de ello. Viviendo bajo esos techos se aprende a amarlos, pero no se llega al supremo amor; a necesitarles. Cuando no nos cubren es cuando empezamos a sentir ese buen amor de hijos.

DANIEL

Y ellos el buen amor de padres. Le aseguro a usted que al ver la casona he sentido un gran afán de volver a ella, pero he percibido también la voz de ella llamándome. ¡Es alegre y triste a la vez!

ZALDIVAR

Para nosotros alegre, solo alegre. Cuanto más trémula la llamada, más alegría en acudir. ¡Qué triste en cambio para los que tienen que mostrarse sordos a esa llamada! Pero esa sordera hace que mueran purificados los que abandonan su tierra por gusto, y en olor de santidad quienes la abandonan por fuerza.

GABRIELA

(Que ha escuchado las últimas palabras. Viene con Wilda, muchacha de su misma edad, un poco más reservada y menos desenvuelta, pero no tímida. Con énfasis zumbón). ¡Aspero destino el de los pobres emigrantes! (Zaldívar y Daniel reparan entonces en las recién llegadas. El primero se atolondra y no sabe si despojarse de la piel de oso, optando por cubrirse bien con ella para ocultar que está vestido con traje de noche. El segundo lleno de cordial y respetuoso júbilo no puede disimular el que le causa la visita). Mi buen Daniel, ese hombre es pernicioso; no le atiendas; pretende transmitirme las nostalgias que le abruman, recordando las frías selvas en que vió la primera luz. (Zaldívar hace ademán de aproximarse. Gabriela, siempre risueña, aparenta cierto pavor. El pavor de Wilda no puede asegurarse que sea tan fingido). ¡Nó, por Dios, no nos acometa! ¿No vé, distinguido oso polar que venimos indefensas?

WILDA

(Repuesta). ¡Qué ocasión para haber probado mi rifle de diez tiros!

GABRIELA

No abrigues ilusiones. Está domesticado. Verás. Vamos a darle la mano. (Se acercan. El, aún no repuesto, besa la mano de Gabriela). ¡Y la besa! No encontrarás Wilda, otro oso más cumplido ni aunque explores toda la literatura inglesa.

WILDA

Preséntame.

GABRIELA

(Que ha levantado la piel del oso). ¡Pero si es un hombre vestido de smoking!

WILDA

Más interesante todavía.

DANIEL

(Compasivo). No le hagan ustedes padecer... Siéntense a descansar.

GABRIELA

(Con graciosa seriedad). Caballero, es inútil fingir, ni que muestre ante nosotros esa monomanía de grandeza. Usted no es un oso. Usted es Zaldívar.

ZALDIVAR

(Dejando caer la piel, empezando a reponerse). En efecto, señoritas, no soy más que Zaldívar; un ciudadano estúpidamente pacífico.

GABRIELA

Y nocturno.

WILDA

Y bohemio.

GABRIELA

Y elegante.

WILDA

Y esbelto.

GABRIELA

Y educado.

ZALDIVAR

(En cólera). ¡Basta ya!

WILDA

¡Y colérico!

ZALDIVAR

(Calmado, pensando en huir). ¡Dispensen...!

WILDA

Pero razonable.

GABRIELA

No huya usted de nosotras. Comprenda que el escuentro que hemos tenido no es frecuente en Norteamérica, a pesar de lo que cuentan los periódicos europeos. Si nos hemos mostrado bromistas, échese usted mismo la culpa y provéase de un modesto pyjama en vez de incurrir en la pedantería de vestirse de fiera.

ZALDIVAR

Aseguro a ustedes...

GABRIELA

No es preciso. Nuestra indignación ha cesado.

DANIEL

¿Entonces aviso al señor Duque?

GABRIELA

Con método, Daniel, procedamos con método... Temo que sean varios los encuentros emocionantes que nos aguardan en esta casa. Y temo que se reanuden.

WILDA

¿No has pensado Gabriela en que lo más espinoso para nosotros sería que la próxima fiera perteneciese al género femenino?

GABRIELA

(Levantándose con fingida alarma). Tienes mucha razón. Dinos la verdad, Daniel. Los osos, los leones, los leopardos, no nos atemorizan; en cambio, si hubiera por ahí guarecida alguna girafa...

DANIEL

Estén ustedes tranquilas.

ZALDIVAR

Esta es la mansión de un hombre que va a contraer matrimonio muy pronto.

WILDA

En efecto, por todos lados se descubren los vestigios de que aquí habita un penitente.

ZALDIVAR

Tanto no. Un hombre venturoso nada más. Del desorden que ustedes adviertan es más justo que culpen al ayuda de cámara.

DANIEL

Tiene razón el señor Zaldívar. Debí yo preveer la visita...

GABRIELA

Traiciones no, Daniel. Ya sabes lo pactado. Además que en el desorden suele descubrirse la sinceridad, y en el orden suele ocultarse la hipocresía.

WILDA

Aparte de que en este desorden no se ve nada que pase de pueril; copas vacías, barajas sucias, atmósfera cargada, un señor que continúa con el traje de la víspera... nada que deba inquietarnos.

GABRIELA

(A Zaldívar). De la víspera queríamos hablar. ¿Puede usted describirnos la despedida de soltero del Duque?

ZALDIVAR

Pero ¿no se la ha descrito a usted mister Braknell?

GABRIELA

Lo he pretendido, pero inútilmente. Mi padre; ¡pásmese usted! ha pernoctado fuera de casa.

WILDA

(A Gabriela). Como verás, no se pasma.

GABRIELA

Pues el caso es insólito; carece de precedentes. Es la primera vez que mi padre pasa una noche entera ausente de su hogar.

ZALDIVAR

No se festeja con frecuencia la adquisición de un yerno ilustre.

GABRIELA

Verdad. ¡Cuestan tan caros! Pero descríbanos la fiesta.

ZALDIVAR

Pues se deslizó conforme tenía usted acordado. Ya que el sitio, el menú, la hora, la concurrencia, los vinos, el programa musical, el destino de las flores, que cubrían el mantel y hasta el orden de la colocación era dispuesto por usted.

WILDA

¡Qué imposición! Pero ¿ni siquiera dejaste la posibilidad de una iniciativa?

GABRIELA

¡De muchas! Comprenderás que a la hora del desfile cesaba discretamente mi mandato.

WILDA

No puede pedirse menos entrometimiento.

ZALDIVAR

Pues eso fué acaso lo que nos atolondró. Privados de mando, no supimos que hacer.

WILDA

¿Se desorientaron ustedes?

ZALDIVAR

Y recalamos en esta casa, ávidos de beber el néctar que usted prohibió fuera servido en la fiesta.

GABRIELA

¿Whisky?

ZALDIVAR

Sí. Y no lo había. Alguien le había hecho desaparecer.

GABRIELA

¡Bien!

ZALDIVAR

¡Ah! ¿Pero fuiste tú? (Zaldívar señala a Gabriela). ¿Fué usted?

GABRIELA

Yo. En ese punto comenzaba la segunda etapa de mi actuación. Yo quiero ser feliz. Es un programa como otro cualquiera ¿verdad? No hay programa que no comience con una invitación de júbilo. Para ésto hay que disparar algunos cohetes y encender un poco el buen humor. Hay que alborotar para que hasta los tímidos sientan el deseo de ser alborotadores. Ustedes, los latinos, con su fama de alegres, no acertarían a intervenir en un festival alegre si les suprimiera el sol, la charanga, las detonaciones y los licores. Pues bien; yo me he servido de todas esas materias (falsificadas en su mayoría) para realizar mi programa. Pero claro está, que a medida que van siendo secundarias, yo me libro de todas esas complicidades. La alegría sentida por mí hubo necesidad de propagarla, empleando medios un tanto artificiales. Propagada ya, posee en sí misma el estímulo natural que precisa para no decaer; ¡no más whiski!

WILDA

¡Bien dicho!

ZALDIVAR

¡Miss Gabriela, por Dios! ¡Quiere usted privarnos de lo indispensable!

GABRIELA

Nunca es del todo indispensable a los hombres ningún veneno. Ya he reconocido la gran utilidad que tienen a veces. He llegado a escanciarlo en mi vaso y a encontrar cordialísimo su sabor. Pero desde que su colaboración no me es precisa, he vuelto a aborrecerle.

ZALDIVAR

¡Me deja usted atónito! ¡Quién hubiera dicho...!

GABRIELA

Al verme ordenan con insistencia que llenaran mi taza de whisky, que éste me desagradaba ¿verdad...? Pues así era. Y sin embargo recurrí a él y puse esperanzas en sus efectos. ¡Cuántas veces en la vida pactamos alianza con quien odiamos! Pero cuando se persigue un fin, lo de menos es simpatizar con quien nos proporciona los medios para alcanzarle; el secreto está en elegir los medios eficaces. Y, encontrados éstos, utilizarlos sin reparar en nada.

ZALDIVAR

¿Sin reparar en nada?

GABRIELA

En nada. Porque siempre se cuenta con un medio imprescindible para llegar a todos los fines; el cual consiste en inyectarnos la vacuna contra lo irreparable.

WILDA

¿Y no crees que una de las cosas más irreparables es profundizar, querida Gabriela?

GABRIELA

Eres oportunísima Wilda. Y es que no se puede echar mano de un tema frívolo en la conversación sin exponerse a cavar hoyos en ella cada tres pasos, sobre todo cuando se tropieza con interlocutores que consideran el whisky indispensable.

ZALDIVAR

Procuraré hacer cuanto pueda por pasar sin él; llegaré al sacrificio de no volver a probarlo.

GABRIELA

¿Desea usted que no le cueste ningún sacrificio?

ZALDIVAR

¡Ya lo creo!

GABRIELA

Pues óigame. Y conste que éste va a ser el último hoyo que hoy hago en mi conversión.

WILDA

Procura que no sea muy honda.

GABRIELA

A la vida es preciso buscarla pretextos. Quien no se los busca se muere de tedio. Al alma hay que servirla pretextos serios; alegres o tristes, pero serios, formales. Al cuerpo se le engaña con pretextos frívolos. Para el alma se ha creado la música, la distancia, el amor y

el silencio. Para el cuerpo se han ideado las tertulias, la guerra, la ruleta y el whisky. Si usted se aficiona a cualquiera de estos pretextos y se deja dominar por él, simplemente si los concede usted más importancia que la de pretextos ¿sabe usted cuál será el resultado?

ZALDIVAR

No. Pero dígamelo pronto.

GABRIELA

¡Horrorícese usted!

ZALDIVAR

Ya estoy horrorizado.

GABRIELA

¡Más todavía!

ZALDIVAR

No puedo.

GABRIELA

¿Carece usted de la facultad de horrorizarse? Me alegro. Pero, no evite usted que los pretextos corporales le dominen y pronto poseerá usted aquella facultad. Se horrorizará usted de sí mismo. Se espantará de haber descendido a ser un ente mínimo. Y además quedará usted imposibilitado para escalar por su pié las altas cimas, desde las que se contempla el soberano espectáculo del hormiguero humano. Adquirirá usted neuralgias, insomnio, deudas, descrédito y sed, cada vez más sed, una sed insaciable; se hará usted campeón de la mentira, le bailará constantemente en la retina la bolita de la ruleta, se instalará en el

pabellón de sus orejas una tribuna a la que estarán subiendo constantemente para perorar oradores ébrios que incrustarán en su cerebro teorías ingenuas relacionadas con el azar e ideas macabras relacionadas con la política.

ZALDIVAR

¡No siga usted, por Dios! Me horrorizan esas profecías. Ha logrado usted catequizarme.

GABRIELA

Pues para celebrarlo poséase de un abrigo en el guardarropa del Duque, póngaselo, baje a la calle, y, en el primer café que encuentre mande que le sirvan un vaso de leche pura con dos ensaimadas.

WILDA

He ahí un desayuno y un pretexto.

ZALDIVAR

Pretexto, ¿para qué?

GABRIELA

Para que vaya usted a cambiarse de ropa. Recuerde que hoy almuerza usted en casa. (Daniel que salió en busca de un abrigo, le trae y ayuda a Zaldívar a ponérsele).

ZALDIVAR

Entonces, hasta entonces. (Da la mano a Gabriela, hace inclinación de cabeza a Wilda y la dice). Si concurre usted al almuerzo, miss Wilda, —he comprendido que ese es su nombre y por eso le empleo—, agradeceré a usted que no forme mal concepto de mí si observa

que no pruebo los vinos y que guardo silencio; es que he renunciado los pretextos corporales para dedicarme a los del espíritu. (Vase calle).

GABRIELA

(Se queda mirando a Daniel; y éste a ella. afablemente; él respetuoso como cautivado). Estate tranquilo, Daniel; he escuchado los aplausos con que gustoso hubieras exteriorizado tu aprobación. Pero hemos tardado bastante en conseguir que se fuese ese dichoso Zaldívar que tu amo tiene cosido a la chaqueta...

WILDA

Y por lo visto también al smoking...

GABRIELA

Lo esencial es que hayamos quedado solos los de casa.

WILDA

(Ademán de tomar la baraja). Sí, porque yo puedo aislarme haciendo solitarios.

DANIEL

Cuánto siento tener que decir a mi señorita que la casa está invadida. En la alcoba del señor Duque pernocta lord Hawk, en la de los huéspedes se acostó un compatriota de mi amo, un marino de un trasatlántico español que llegó anteayer a New York.

GABRIELA

¿Entonces, el Duque?

DANIEL

Me hace el honor de descansar en mi habitación.

WILDA

Temo que el honor le impida conciliar a usted el sueño en lo sucesivo. Verá usted su alcoba poblada de fantásticos blasones y de damas de Coeur. (Muestra uno de los naipes que representa esto último).

GABRIELA

¿Quiere decirse que la noche tuvo un epílogo borrascoso y nadie quedó con fuerzas para reintegrarse a su domicilio?

DANIEL

Se enredaron en uno de esos juegos que llaman Faraón. En seco; porque, siguiendo sus indicaciones de usted, oculté los licores. Al amanecer, lord Hawk tuvo la franqueza de pedir cama. Se le ofrecíó también al señor marino y no fué preciso insistir; pero el señor Zaldívar se echó sobre ese diván, y mi amo y yo hemos estado charlando hasta poco antes de llegar ustedes.

GABRIELA

¿Charlasteis de mí?

DANIEL

Mucho.

GABRIELA

Y ¿habéis hecho buenas o malas ausencias?

DANIEL

La hemos alabado como usted se merece.

GABRIELA

¡Oh! ¡Tu sí! Pero, ¿el Duque?

DANIEL

A mi señor se le cae la baba.

WILDA

¿Y no se limpia?

DANIEL

Se limpia, se limpia..., para que no se le vea cuanto disfruta. Pero ¡se le vé, se le vé...!

GABRIELA

¿Estás seguro de que seré capaz de hacer feliz a tu amo?

DANIEL

Segurísimo.

GABRIELA

¿Y por qué tienes esa fé?

DANIEL

Porque usted me la ha transmitido. La empresa de hacer feliz a un hombre, aunque es empresa dificil, para usted tiene que ser cosa sencilla. En la felicidad de mi amo ha puesto usted la suya, y eso es garantía de que las dos las logrará.

WILDA

(A Gabriela). Eso es llamarte egoista.

DANIEL

Quizá. ¡Pero qué importa! Claro que por egoísmo se realizan casi todas las malas ac-

ciones, pero yo no se de una sola buena acción que no se realice por egoismo.

WILDA

¡Otro hoyo!

GABRIELA

¿Y no te asustan mis procedimientos; estos procedimientos tan americanos?

DANIEL

¿Por qué han de asustarme? Pronto va usted a conocer mi tierra. ¿Que ustedes son francos? ¡Verá usted si lo somos allí! Para estas cuestiones de querer, como para todas. A usted le gustó mi amo y usted fué ¡zás! y se lo dijo, según me han contado. Pues en España, a una muchacha le gusta un muchacho y se lo dice también. Cierto que en mi país en lugar de decirlo de palabra, se dice con la mirada; pero el procedimiento de usted ha sido mucho más reservado. Si mi amo llega a cometer el disparate de darla a usted calabazas, no se entera nadie. En cambio, las conversaciones con los ojos son enseguida del dominio público.

LORD

(Sale, pulcramente vestido, como siempre de frac; con su bastón. Hasta que llega al grupo, no se entera de quiénes le componen. Extrañado, saluda). Miss Braknell, Miss...

DANIEL

(Al verle, retirándose discreto a segundo término. Después entra y sale de la estancia, a discrección, como hará durante todo el acto,

excepto en los casos en que el diálogo dispone las entradas y salidas). Milor...

GABRIELA

Amigo... Presento a usted a Miss Wilda Huddson, prima hermana mía... Lord Haw de quien te he referido cuanto sé. (Se dan la mano).

LORD

(A Wilda). Siento que no me quede nada que referirla.

WILDA

Aunque mi carácter es muy parecido al de mi prima, hay cosas sobre las que tenemos opiniones divergentes. Por lo tanto le queda a usted el recurso de mostrarse de acuerdo conmigo en aquella que a nosotras nos ha de discrepar.

LORD

Será más prudente soslayar tales cuestiones... u opinar en voz muy baja.

GABRIELA

O en voz alta, porque yo les dejo a ustedes; tengo que hacer por allá dentro. (Duda por qué puerta internarse en la casa; en este momento Daniel no está en escena). ¿Usted sabe, lord Hawk, por dónde se va a la habitación del ayuda de cámara?

LORD

Lo ignoro; y lo mismo debía pasarle al ayuda de cámara con respecto a la habitación en que yo he pernoctado. Por lo cual he tenido

que valerme tan solo de la ayuda de mi mismo, para despertarme, vestirme y coordinar mis ideas matinales. (Gabriela hace mutis por la puerta del pasillo).

WILDA

Me compadezco de usted, lord Hawk. Y voy a ayudarle a lo único que ya es posible: a la coordinación... Está usted en casa de su buen amigo, el Duque del Oriflama.

LORD

(Amoscado). Al menos no recuerdo haber salido de ella desde que entré...

WILDA

Pero, mi presencia aquí y sobre todo la presencia de Gabriela, prometida del Duque, podía motivar que usted creyese estar en otro lado.

LORD

No me hace el sueño desvariar hasta ese punto, encantadora miss Wilda; ni siquiera hasta el de suponer que el proyectado matrimonio se haya efectuado mientras yo dormía.

WILDA

¡Oh! No van las cosas tan rápidas.

LORD

Me alegro infinito... ¿Me dará tiempo a recorrer Filadelfia en busca de mi criado?

WILDA

¿Necesita usted algún servicio que solo él pueda desempeñar?

LORD

Sí. Necesito afeitarme.

WILDA

¿Para coordinar?

LORD

Para todo. Y más para contender con usted en un duelo de ironía. ¿Cree usted que un hombre con barba de veinticuatro horas, no está en inferioridad ante un rival por benévolo que éste sea?

WILDA

¿Yo su rival, milord?

LORD

Nunca, miss Wilda; ¿cómo me supone tan poco galante, que desdeñe ser su víctima? Conste que me voy para volver más pulcro a dejarme herir por usted... Hasta enseguida. (Mutis calle).

WILDA

Bueno; Pues me he quedado sola. (Se pone a pasear por la habitación). ¿Dónde se habrá metido Gabriela? (Va a entrar en la habitación que ocupa Cabrera, en el momento que éste sale, vestido de marino mercante. Susto en ambos). ¡Ah!...

CABRERA

Perdone usted señorita que haya salido de mi habitación tan inoportunamente.

WILDA

Tan oportunamente, querrá usted decir.

CABRERA

Quiero decir, que de haber sabido que usted iba a entrar, no salgo de esa habitación aunque me llamara la sirena de mi barco.

WILDA

(Seria). Acaban de asegurarme que los españoles son muy francos. Usted lo corrobora.

CABRERA

¿La he ofendido a usted?

WILDA

Ofenderme, ¿por qué? Confundirme, acaso...

CABRERA

Como esta es la casa de un muchacho soltero...

WILDA

Pero que está a punto de contraer matrimonio.

CABRERA

¡Es usted muy bromista!

WILDA

¿Qué dice? ¿Pero usted no concurrió anoche a la cena de despedida de soltero del Duque?

CABRERA

Concurrí a una cena, es cierto; pero no indagué las causas que la motivan. Es más, el aspecto jovial de la concurrencia me hizo suponer que se festejaba algún éxito, de ningún modo una derrota.

WILDA

Pues ya sabe usted de qué se trataba.

CABRERA

En todo pensé menos que el anfitrión fuera mi pobre compatriota.

WILDA

¿Le compadece usted?

CABRERA

Las extravagancias, los extravíos, me mueven siempre a compasión ¡no puedo evitarlo! Y siendo un compatriota, un amigo tan querido quien incurre en ciertas locuras, me invade un escalofrío de pena...

WILDA

Lo que resulta extravagante es que usted anoche no se diera cuenta de que para cenar gratuitamente, es preciso que algún amigo esté a punto de cometer una extravagancia.

CABRERA

Comparto esa opinión; pero, como no es muy lisonjera para mí, va usted a consentir que trate de justificarme... A bordo, señorita, observamos una vida a tono con la decoración del barco. La minuciosidad española y los estatutos de la Compañía en que sirvo, los exigen así. El trasatlántico «Sacripante», en el que yo tengo mi destino, está todo él decorado con sujección al más severo estilo Renacimiento español. Hay pasajeros que tienen la avilantez de olvidar la presencia de aquellas

tallas venerables, de aquellos ilustres bargueños y se hacen servir whiskys, manzanillas, cogñac... En un pasajero, se puede soportar ese desentono, pero ¿cómo incurrir en él un tripulante?

WILDA

¿Les prohiben beber?

CABRERA

Ni eso siquiera, señorita; ni ese aliciente nos queda. Se deja a nuestra discrección y a la de nuestras posibilidades económicas. El resultado es que la sed no nos atormenta hasta que pisamos esta hermosa nación de la Ley seca...

WILDA

¿Para seguir a tono lo mismo, en alta mar que en tierra firme...?

CABRERA

Exacto... La primera vez que fondeé en New York, tuve que apagar mi sed en un agua insoportablemente pura. En el viaje siguiente, vine provisto de buenas cartas de recomendación. Una de ellas me abrió la puerta del Tirteen Club, de esta ciudad. En él paso casi todas las horas que el barco permanece anclado. Y en ese Club fué donde anoche, cuando ya mi sed era implacable, encontré al Duque. ¿Me expuso éste los motivos del agape a que se me invitaba...? No lo recuerdo. Solo sé que al despertar hoy, he visto bordada en mis ropas de cama, la cifra ducal; inmediatamente he comprendido la mitad de lo sucedido anoche. La

otra mitad, he tenido la fortuna de oírsela referir a la boca más preciosa de los Estados Unidos.

WILDA

(Afable). Muy galante...

CABRERA

Hemos quedado en que muy franco.

WILDA

Bueno.

CABRERA

Y para dar a usted una prueba más de mi franqueza, voy a hacerla una pregunta. ¿Es guapa la futura Duquesa?

WILDA

La llaman el Sol de Pensilvania.

CABRERA

Y ¿claro está que será multimillonaria? (Aparece Gabriela con mandil y gorro de cocinera).

WILDA

¡Oh! ¡No la faltará que comer! Ahí la tiene.

CABRERA

(Tomándola por la cocinera. En tono lastimero. Aparte). ¡Es la cocinera...! ¡Pobre amigo mío!

GABRIELA

(Sin hacer caso a Cabrera). ¡Wilda...! ¡Una gran desgracia! ¡He dejado quemar el desayuno!

CABRERA

(Como antes). ¡E inexperta además!

WILDA

¿Y cómo te ha ocurrido eso?

GABRIELA

¡Por meditar, Wilda, por meditar...! Mientras se calentaba la leche en el fogón, Daniel me ha dicho que hoy ha recibido el Duque una carta de su madre en que le apremia regresar junto a ella. ¡Una madre, siempre es una madre...!

CABRERA

(Como antes). ¡Y una cocinera, es siempre una cocinera...!

GABRIELA

En cambio una prometida, es solo una autoridad en ciernes que nunca debe tratar con duelo a la autoridad materna...

WILDA

(A Cabrera). ¿Eh? ¿Qué tal?

CABRERA

Se hace perdonar el descuido culinario que ha cometido.

GABRIELA

Ayer expidió mi padre algunos radios a mi futura suegra, pidiéndola el consentimiento para nuestro enlace. No quiero esperar la respuesta y que el Duque demore el regreso a su patria.

CABRERA

¿Renuncia usted al matrimonio?

GABRIELA

No. Simplemente voy a partir el camino con el radiograma en que la madre de mi prometido exprese su consentimiento.

CABRERA

Pero... ¿la Duquesa está en antecedentes...?

GABRIELA

¿De qué...?

CABRERA

De... de... de su profesión de usted, del honroso pero no muy ilustre medio que usted tiene de ganarse la vida...

WILDA

(Jovial, a Gabriela). De que te ganas la vida guisando, quiere decir.

GABRIELA

¡Ah! (Con cómica aflicción). Por desgracia, me la gano de un modo bastante menos moral.

CABRERA

¡Cómo...!

GABRIELA

La gano, sencillamente, mimando a un viejo millonario.

CABRERA

(Atónito). ¡Que desfachatez! ¡Me dá lástima!

WILDA

¿De quién?

CABRERA

De todos, señorita. Del Sol de Pensilvania, del pobre millonario que va a quedarse envuelto en sombras, y de mi deslumbrado amigo al que va a ser preciso regalar enseguida unas gafas.

GABRIELA

No espero que con motivo de su boda ofrezca usted al Duque un regalo tan mezquino...

CABRERA

Yo espero, sin embargo, que con motivo de mi regalo, ofreceré al Duque motivo de deshacer una boda tan disparatada.

GABRIELA

En cambio, si piensa usted hacer un obsequio al millonario, puede cumplir con una baratija. Las está coleccionando para cuando nazca su primer nieto.

CABRERA

¡Ya me figuraba yo que se trataba de un abuelo!

WILDA

Del abuelo del futuro Duque del Oriflama, si señor.

CABRERA

(Asombrado). ¿Entonces...? Es fácil deducir...

GABRIELA

Facilísimo. Pero aplace usted sus deducciones, porque necesito disponer de usted y de toda su clarividencia.

CABRERA

¿Y no será mejor una deducción previa?

GABRIELA

Hágala usted por el camino. Porque yo quiero que vuele el telegrama y ordene a New York que reserven todas las cámaras disponibles que haya en su barco.

CABRERA

¿Todas?

GABRIELA

Sin excepción. Las ocuparán los invitados a la boda. Y ésta se celebrará en alta mar, allí donde nos alcance el radiograma del consentimiento. (Empujando a Cabrera). Ande usted, hombre de Dios, vaya pronto.

CABRERA

¡Pero si yo ni siquiera se dónde están las oficinas de telégrafos!

WILDA

Yo le acompañaré. Mejor dicho, le llevaré a mi Roadster.

CABRERA

(Alarmado). ¿Conduciéndole usted?

GABRIELA

(Haciéndole salir). No se alarme, lobo de mar. Irá usted más seguro que en su trasatlántico. (Mutis Wilda y Cabrera calle. Viéndolos desaparecer les dice desde la puerta). Gracias, Wilda. Hasta enseguida.

DUQUE

(Entra por la puerta del pasillo, vestido en traje de mañana. Se sienta junto a la mesa, sin poder disimular u enojo). Aquí esioy cumpliendo la primera orden que hoy se ha dignado usted transmitirme. Aguardo la segunda, la tercera... ¡todas!. Impávidamente. Estóicamente. Usted manda; yo obedezco. Unicamente sentiría que tuviese usted el capricho de ver correr mi sangre. Por obedecer me abriría las venas; pero sería en vano; solo brotaría el agua de mansedumbre.

GABRIELA

Hace usted bien en advertirme. ¡Debe ser tan curioso ver un raudal de sangre azul...! Pero no tema usted. Las órdenes que voy a dictar—abusando del amplio derecho que usted me concede—no serán sanguinarias.

DUQUE

¡Es usted infatigablemente original!

GABRIELA

Soy activa, y la actividad es siempre original.

DUQUE

Hasta cuando descansa; única faceta de originalidad que no se descubre en usted.

GABRIELA

Pues la poseo. Va usted a convencerse. La orden que voy a darle no es patrimonio de mi inventiva.

DUQUE

Se habrá concebido en otra mente emparentada con la suya.

GABRIELA

Más bien en un corazón allegado al mío; en el de su madre de usted.

DUQUE

Ese solo recuerdo debe bastar para que usted refrene sus imprudencias.

GABRIELA

Y para que comprenda que ahora la únice imprudencia consiste en suponer que yo bromeo.

DUQUE

Celebro mucho que vayamos a tener una conversación en serio.

GABRIELA

No, no, no, criatura... Le he dicho que yo no bromeo; que hablo en serio si usted quiere, pero eso no indica que me hallo con fuerzas para sostener una conversación de esa calidad. Le ruego que se conserve bromista, jovial, como hasta ahora. La seriedad de usted debe ser algo tenebroso, nocivo, que no me siento capaz de soportar hasta que los deberes conyugales lo impongan... Además, la seria orden que voy a transmitirle, no requiere que usted la tome en serio; es suficiente con que usted la cumpla.

DUQUE

Bueno.

GABRIELA

En el primer barco que salga para España es preciso que usted se repatríe.

DUQUE

¿Soltero?

GABRIELA

Al partir de América, sí. Al llegar a Europa ¡Dios dirá!

DUQUE

¿El Dios de los náufragos?

GABRIELA

El de los salvamentos. Aténgase usted a mi orden sin más cavilaciones. Fiada en ello, mi actividad lo dispuso ya todo. Uno de los oficiales del barco es buen amigo mío. Los pasajes deben estar ya reservados. Hay que partir hoy mismo para New York. Tengo las mejores referencias del navío. Creo que se trata de un hermoso palacio flotante en el que nada ha de faltarnos.

DUQUE

Pero, ¿usted me acompaña?

GABRIELA

Yo le sigo. Este será ya mi deber toda la vida.

DUQUE

¡Por favor! ¡Por lo que usted más quiera! ¿No puede usted proporcionarme más datos acerca del viaje?

GABRIELA

¡Ah, sí! que nos acompañarán todos los invitados a nuestra boda. A una boda que yo siempre pensé celebrar en la intimidad, como cumple a nuestra categoría... ¿Desea usted saber algo más?

DUQUE

Una cosa tan solo. ¿Me seguiría usted hasta el fondo del Atlántico?

GABRIELA

No.

DUQUE

Entonces, accedo. Embarcaremos.

TELÓN

ACTO TERCERO

ACTO TERCERO

La escena representa un lujoso salón oriental del «Sacripante», uno de los mayores y más suntuosos trasatlánticos de cuantos arbolan la bandera española. En ruta de New York a Cádiz; a la vista de las costas españolas.

Amplias puertas vidrieras al foro, que comunican con una parte de la cubierta del barco convertida en terraza, de igual estilo que el salón. En la lateral derecha otra puerta igual que pone en comunicación con la cubierta grande situada a proa. A la izquierda figura hallarse situado el gran comedor del trasatlántico, al que se tiene acceso por unos arcos de los que cuelgan hermosos tapices o reporteros.

Son las diez de una noche serena y estrellada de Mayo. Se ve a lo lejos casi imperceptiblemente y por la vidriera que da a la terraza, la luz del faro de Cádiz. Se oye, muy apagada, la música de una orquesta que toca en la cubierta grande, en cuyo lugar figura estarse celebrando el matrimonio de miss Gabriela Braknell con el Duque del Oriflama.

Decorado y muebles de estilo oriental. Todo revelando lujo, suntuosidad y confort. En el ángulo de la derecha, gran diván turco con profusión de cogines y pieles. Profusión de luces. Abiertas las vidrieras que dan a la terraza, así como las que dan a cubierta... Todos los personajes, rigurosamente vestidos de noche de ceremonia. Al levantarse el telón, aparecen en escena la señora de Pereira y lord Hawk. Aquélla, sentada en el diván turco del ángulo derecho, y lord Hawk en pie junto a las vidrieras de ese mismo lado, observando lo que ocurre sobre cubierta.

PEREIRA

¿Divisa usted al señor Pereira?

LORD

(Sin dejar de mirar a cubierta). ¿Quién es el señor Pereira?

PEREIRA

¡Quién va a ser! ¡Abelardo! ¡mi marido! El más abúlico de los seres inteligentes incluyendo al caballo. Y que me perdone este solípedo.

LORD

(Volviéndose). Señora, por Dios; no me haga usted cómplice de sus infidelidades conyugales.

PEREIRA

(Con un enfunfurramiento muy serio pero muy simpático que raramente la abandona). ¡Caballero...! ¿Qué enormidades dice usted?

LORD

(Siempre con un poco de humorismo, y siempre con mucha amabilidad). Despacio, mi suavísima señora, despacio... Yo no he dicho —porque no lograría, aunque me lo propusiera, fantasear tanto—que usfed sea, haya sido, ni vaya a ser una esposa de carne infiel, ni de corazón infiel, ni de pensamiento infiel. La infidelidad de usted reside en su vocabulario.

PEREIRA

¿Qué diantres tiene mi vocabulario?

LORD

Eso: diantres; que felizmente no se lo que

son. Y otras veces demonios coléricos o venablos encendidos, o serpientes de cascabel, o cascabeles de serpientes...

PEREIRA

¡Bueno, bueno, bueno...! El hecho es que voy a tener que levantarme para saber si está en la cubierta el señor Pereira.

LORD

(Mirando hacia la derecha y yendo luego a sentarse no lejos de su interlocutora). ¡Pues no ha de estar! Y donde le corresponde, en lugar preferente.

PEREIRA

Me gustaría más que ocupara sitio preferente en el escalafón del profesorado.

LORD

En este momento, representa a la pedagogía mundial.

PEREIRA

Claro; como en este trasatlántico, salvo rarísimas excepciones, que no cito por no ofender a usted, solo viaja gente ratonera; he aquí a mi marido convertido en cabeza de ratón.

LORD

Y usted, naturalmente, quisiera verle convertibo en cabeza de turco. Así tendría usted menos marido, pero estaría usted más descansada. Le harían ustedes la vida imposible entre varias.

PEREIRA

¡Eso es incorrectísimo!

LORD

Ratonero nada más...

PEREIRA

¡Y mi marido estará descubierto; como si lo viera!

LORD

(Que desde donde está sentado, debe poder divisar a los que se hallan sobre cubierta). Sí; luce su brillante cráneo, que—¡mil parabienes, amiga mía!—sin duda le augura rápidos avances en el escalafón.

PEREIRA

Es un bárbaro; ¡estar descubierto a la intemperie, con el relente que cae en estas nochecitas de mayo!

LORD

Si señora; un bárbaro y un paradógico. ¡Estar descubierto en pleno mar y sobre cubierta, y en Mayo, y a pocas millas de las gélidas costas de Andalucía, siendo testigo de una ceremonia de esponsales, y ante el altar donde oficia el sacerdote de su religión...! Lo dicho; ¡un paradógico!

PEREIRA

¡Qué testigo, ni qué pájaros fritos! Usted también es testigo de esa boda estrafalaria, y buen cuidado tiene de venir a guarecerse bajo techado.

LORD

Eso también debe achacarlo a mi tempera-

mento ratonil. Y un poco, si a usted la parece, a mis sentimientos religiosos.

PEREIRA

Pero ¿usted tiene religión?

LORD

Y sentimientos.

PEREIRA

Yo creí que usted no era católico.

LORD

Y yo creí que usted lo era. Ambos nos hemos equivocado. Y casi lo celebro; pues me da motivo para gozar el deleitoso placer de esta conversación.

PEREIRA

Que tengo ganas de que concluya.

LORD

Es usted cruel; pero, si lo desea, podemos poner punto final.

PEREIRA

¡Phs! Sería punto y aparte nada más. Desde que salimos de New York, no hay día en que usted y yo no tengamos la fatalidad de encontrarnos, hablarnos y reñir.

LORD

Adorable fatalidad. Mañana a estas horas nos hallaremos los dos sobre tierra firme. Usted colgará su maletín de un brazo y su esposo de otro, tomará un camino de hierro, y aca-

so después algún camino de herradura; de todos modos, un camino áspero, sin la hermosa poesía ondulatoria del mar, y marchará hacia el país remoto, donde lentamente, prosáicamente, trágicamente, seguirá escalando el señor Pereira, la montaña abrupta del escalafón...

PEREIRA

(Graciosemente conmovida). Y usted, en cambio...

LORD

Yo en cambio ¡Quién sabe qué ruta tomaré...! La del hierro, la del agua, la del aire... cualquiera menos la del reposo.

PEREIRA

(Recobrada ya). Y cualquiera menos la del sentido común.

LORD

No existe el sentido común. Existe el contrasentido común. Que también es un lazo; un lazo fuerte que es el que a usted y a mí, por ejemplo, nos ha unido durante estos días fugaces de la travesía.

PEREIRA

Nosotros, somos diametralmente opuestos.

LORD

Es decir, infinitamente iguales. Menos mal que nuestras edades son muy parecidas; si no acaso hubiera ocurrido entre nosotros una verdadera hecatombe. Usted y yo somos los extremos de un diámetro tan grande como el

eje de la tierra, y, sin embargo, ese diámetro ha tenido que encogerse hasta reducir su longitud a la de la eslora de este barco, después a la de estos salones; a ratos los dos polos del diámetro entran en contacto, —en púdico contacto—, como sucede en el comedor donde hemos sido vecinos durante toda la travesía. Mañana volverá el diámetro a estirarse, y acaso dentro de poco, aquellos puntos que tuvieron contacto, volverán a convertirse en polos opuestos y distantes.

PEREIRA

Realmente es triste... Forzosamente tiene que haber otra existencia.

LORD

Y en ella acaso volvamos a encontrarnos, señora de Pereira.

PEREIRA

¡Oh! Pero quién sabe si entonces seré la señora de Pereira...

LORD

Ciertamente; nadie lo sabe, ni el propio señor Pereira. Y más vale así; pues si existiera la probabilidad del divorcio eterno, acaso tomase más afición su marido de usted al suicidio que al profesorado.

PEREIRA

¿Es ese su madrigal de despedida?

LORD

Es mi última voluntad... ¡Y no me negará

usted que es madrigalesca! (La señora de Pereira se levanta despectiva y pasea por la habitación y la terraza, ajena hasta su final, a la conversación que sostienen lord Hawk y Jorge).

JORGE

(Saliendo por la izquierda con lujosa librea). Milord...

LORD

¿Qué hay, Arturo?

JORGE

Venía a consultar con vuestra señoría algo urgente; pero ese patronímico que habéis pronunciado, me recuerda que tengo que deciros algo importante.

LORD

Pues dé usted prelación a lo más ingenioso, procure que ni lo importante ni lo urgente esté exento de gracia, y, de todos modos, emplee la gracia de la brevedad.

JORGE

Ya en otra ocasión me ha hecho vuestra señoría el honor de decirme que, de algún tiempo a esta parte, nuestras vidas marchan paralelas...

LORD

Y al mismo aire y a la misma altura, es verdad apreciable Guillermo. Desde que yo pisé la América del Sur, hemos coincidido usted y yo en diversas ocasiones de nuestra existencia. Hemos elegido un barrio común para vivir, el mismo Club para nuestro inlogrado esparcimiento, la misma sociedad de seguros para

asegurar nuestras vidas, el mismo sastre, el mismo camisero, el mismo proveedor de nuestro pan y de nuestro whisky cuotidiano. Sí; hemos coincidido en muchos sitios; y finalmente en este trasatlántico.

JORGE

Hasta tuvimos en América el mismo banquero.

LORD

En efecto; en la misma banca nos hemos encontrado con frecuencia. Sin duda pensábamos paralelamente las cosas más opuestas; usted, que nuestro banquero era el más sólido; y yo, que era el más frágil.

JORGE

¿Y no era sólido?

LORD

Ni frágil tampoco. Era un mero juguete de la casualidad, que es la única cosa sólida y frágil a la vez que existe en el mundo. Usted tenía confianza en aquel financiero y depositaba en su caja sus ahorros; el financiero tenía confianza en mí y tomaba los ahorros de usted para ponerlos en mis manos esparciendo el dinero de usted que, por casualidad, volvía a la caja del banquero, para tornar—en ambos recorridos acrecentados—a la bolsa de usted. Así que, retorno y acrecentamiento no eran sino generosidades amables y casuales que con usted tenía la casualidad... Pero ¿no sería ésto lo importante...?

JORGE

Lo importante es que yo me llamo Jorge.

LORD

Otra casualidad. Porque me figuro que la coincidencia de nombre entre usted y Wasington, será mera casualidad.

JORGE

Lo es. Y ya que vuestra señoría me ha hecho el honor de hacerme comprender que nuestras vidas han marchado algún tiempo paralelas, yo espero que si algún día, después de desembarcar mañana, vuestra señoría vuelve a acordarse de este paralelismo, sepa que este humilde paralelo se llama Jorge, Jorge; y Freg de apellido, si la bondad de vuestra señoría llega a tamaño esfuerzo de memoria.

LORD

Llegará, no lo dude usted. Pero debo advertirle que el Arturo y el Guillermo que por disculpable confusión solía yo asignarle a usted, son nombres que no desdeñaron ni Washington ni Shakespeare.

JORGE

No lo ignoraba, Milórd.

LORD

Y yo, así lo suponía. La estimación que a usted le tengo, tiene por base las varias culturas que usted posee, aparte la muy apreciable de Jefe de comedor.

JORGE

El Jefe de comedor era quien deseaba deciros algo urgente...

LORD

Pues ceda usted la palabra al Jefe de comedor.

JORGE

He sido designado para disponer y dirigir cuanto se relaciona con el banquete que ha de celebrarse a continuación de la ceremonia nupcial...

LORD

Muy oportuna designación.

JORGE

Sin embargo, yo tengo la esperanza de que vuestra señoría se dignará hacerme a mí el honor y a todos los comensales, incluso a sí mismo, el servicio de reemplazarme en una parte delicada de mi misión.

LORD

Y esa esperanza que usted tiene ¿dimana de nuestro paralelismo, o dimana del apostólico deseo, que muy bien ha podido usted tener, de la aproximación de las castas?

JORGE

¿Tan enemigo de mis conveniencias me supone vuestra señoría? No quise decir que contaba con que me reemplazaseis en desempeños subalternos y mucho menos culinarios. Me refería a cuestiones de protocolo. A la designación del sitio que cada comensal ha de ocu-

par en la mesa. Si yo me encargase de ello, acaso cometiera, bien a mi pesar, serios disparates.

LORD

¿Por ejemplo?

JORGE

Colocar a vuestra señoría entre una vecina que no supiera estimular vuestro ameno humorismo y otra que no supiera extraer de ese humorismo, más placer que el de la enseñanza.

PEREIRA

(Que ha oido esta última parte de la conversación). ¿Pero es que a los muchos incordios que esta boca nos ocasiona piensa añadir el de barajar nuestros acostumbrados sitios en el comedor?

LORD

No tema usted. Yo haré que sea respetado su sitio de costumbre; y solo modificaré a medias su grata vecindad. Por ello, nada más acepto la honrosa misión para la que Jorge me ha designado (a Jorge, señalando el comedor). Vamos. (Mutis Jorge por izquierda). A don Avelardo Pereira, lo alejaremos un poco de su puesto habitual junto a usted. Hoy debemos contribuir todos a que la cena resulte familiar y regocijada. (Inicia el mutis).

PEREIRA

(Con mal fingido desprecio). Es usted un odioso currinche.

LORD

Que queda a sus pies señora de Pereira.

PEREIRA

(Volviéndole la espalda). Mientras yo le vuelvo la espalda.

LORD

Persuadiéndome así de que me considera usted la cortesía misma. (Vase izquierda).

PEREIRA

El caso es, que a mí siempre me ha gustado el trato de la gente seria, y ahora me distrae este panoli. (Va a sentarse, un poco pensativa en el diván turco de la derecha). (Entran por derecha miss Wilda, acompañada de Cabrera. Detrás de ellos, mis Dolly. Los primeros atraviesan la escena hablando y van a seguir la conversación a la terraza. Dolly, un tanto pensativa, se sienta no lejos de la señora de Pereira, pero sin reparar en ésta).

WILDA

No le sorprenda mi curiosidad. Es la primera boda católica a que asisto.

CABRERA

¿Pero ustedes no son católicas?

WILDA

Toda la familia. Pero de èsta, mi prima Gabriela es la primera que contrae matrimonio. Claro está, que antes fué preciso que lo contrajera el tío Teodomiro; y no hay que decir que también lo celebraron mis padres. Pero a estas ceremonias no me fué posible asistir.

CABRERA

Evidente.

WILDA

¿No le sorprenderá por tanto mi curiosidad?

CABRERA

A mí no; a ella, a la curiosidad, será acaso a quien la sorprenda que usted solo la haya dejado saciarse a medias. Porque advierto a usted que la ceremonia prosigue. Precisamente, ahora comenzaba la lectura de la epístola de San Pablo, quizás lo más curioso de todo.

WILDA

¡Oh! Conozco la epístola famosa. Poseo una copia inestimable. Me la remitió un novio despechado el mismo día que fué sustituído.

CABRERA

Pues siento haberla recordado ahora tales conflictos íntimos.

WILDA

Lo único sensible, es que no me haya usted recordado la epístola... Sobre todo si piensa usted seguir utilizando el amor como tema obligado de nuestras conversaciones. (Penetran en la terraza y siguen hablando).

PEREIRA

(A Dolly). ¿Cree usted que falta mucho para que ésto concluya?

DOLLY

(Reintegrándose muy despacio a la realidad). Mucho. Nuestra emancipación tardará si-

glos. La sociedad evoluciona con exagerada lentitud...

PEREIRA

¡Qué evolución, ni qué berengena...! No hablo de cosas viejas. Mi emancipación quedó ya muy atrás. La conseguí al mes de matrimonio y eso que mi marido es absolutamente refractario a las evoluciones.

DOLLY

Es usted todo un carácter, señora.

PEREIRA

Pero soy reumática, y, en consecuencia, aunque mi voluntad es el ama de mi casa, quien manda en ella es mi reumatismo. La aseguro a usted que preferiría que mandase mi marido.

DOLLY

¿Y él que prefiere?

PEREIRA

Conservarse ágil e hipócrita... Donde encuentra un cómodo diván me instala como en un trono; yo me ciego a fuerza de sentirme cómoda y él mientras tanto ¡ya lo vé usted! de juerguecita.

DOLLY

No puede haber nada más honesto que la juerga a que hoy concurre su marido.

PEREIRA

Ni puede haber nada más juerguista que la

honestidad con que asiste mi marido a todas las fiestas a que le dejo ir solo... Pero ¿concluye o no la ceremonia?

DOLLY

Ya queda poco para que el lazo indisoluble quede apretado.

WILDA

Ni con precinto creo yo en ese nudo. A mí no me la dan con queso. Esta boda no tiene más objeto que proporcionar al pasaje un rato de solaz... ¡Y harto sea que no nos veamos todos por ahí, en la pantalla de algún cinematógrafo haciendo el ridículo...!

DOLLY

La verdad es, que nos ha faltado quien fijase en una película todo eso... ¡Ha sido una imprevisión!

PEREIRA

Y para unos norteamericanos una imprevisión es una vergüenza. ¡Solo falta que no hayan previsto ustedes el apetito con que aguardamos la hora de cenar!

LORD

(Saliendo por izquierda; a Jorge, que queda dentro). Veo que todo lo ha prevenido usted, Jorge; le felicito.

PEREIRA

Menos mal.

LORD

(A las señoras). Cuanto bueno... mis Dolly...

¿Hablaban ustedes...? (A Dolly). Ha sido usted el enigma de la travesía... He deducido más veces que comprobado, que usted seguía formando parte del pasaje.

DOLLY

¿Y cómo lo deducía usted?

LORD

Observando el júbilo creciente que invadía a nuestro amigo Zaldívar.

DOLLY

¡Es graciosa la deducción...! Pues he dedicado mi tiempo casi exclusivamente a preparar el equipo de boda de miss Braknell... Esta señora es buen testigo.

PEREIRA

¡Ya lo creo que puedo serlo...! de que el bigardo que ha nombrado lord Hawk vigilaba la preparación de tal equipo con más celo que el propio novio...

LORD

Celaba o la celadora...; pero estoy seguro de que su celar era suave, ingrávido... Vigilaría a usted como se vigila a un niño, o como se vigila a un ensueño...

DOLLY

(A Pereira). Dice cosas bonitas lord Hawk ¿verdad señora?

PEREIRA

Pero las dice en provecho ajeno, y eso siempre las quita valor.

DOLLY

Yo creí que se lo daba...

PEREIRA

Es usted muy niña... Lo que causa un efecto y no rinde un provecho supone un despilfarro.

DOLLY

¿Y usted no encuentra valor en los despilfarros?

PEREIRA

Nadie es despilfarrador de lo que estima. El que prodiga elogios no los siente.

LORD

Para decir algo de valor ¿será entonces preciso que hable de mi mismo?

PEREIRA

Naturalmente.

LORD

Acaso en el fondo de esa palabra haya mucha generosidad y mucha verdad.

PEREIRA

Si señor. Y muy pocos ensueños.

LORD

Esta palabra en cambio la pronuncia usted con algún desdén, y como reprochándome que sea yo quien haya mentado la fantasía... Por pudor—pudor de senectud—cuando hablo de ensueños yo no hablo de mí.

DOLLY

Mal hecho. Para vivir una ilusión yo creo que no influye la edad; en cambio influye para vivir la vida real.

LORD

De acuerdo, si yo tuviese alguna edad por mucha que fuera, pero ya no tengo ninguna.

PEREIRA

¡Qué disparate! ¿Pero usted no es usted?

LORD

No. Yo ya no soy yo. Soy la insensible prolongación de mi mismo, el último aliento de mi gastada resignación... Ni siento el alma dentro de mí, ni me siento yo dentro de mi cuerpo. Más bien noto la sensación de estar entre la una y el otro, presenciando una despedida más cordial de lo que se acostumbra y por eso más prolongada. Respetuoso yo ante tan edificante espectáculo, me guardo muy bien de mostrarme deseoso de que la despedida concluya, pero me guardo mucho más de procurar que la convivencia se reanude. ¿Comprenden ustedes ahora por qué no me mezclo en ilusiones que exigirían aquella convivencia?

PEREIRA

Lo que no comprendo es por qué no convive usted con sus colegas.

LORD

¿Los muertos?

PEREIRA

Los... chiflados.

DOLLY

Es un poco atrevido, un poquito infame y un poquito triste, que usted se llame colega de los muertos, milord. Aunque ya deduzco el motivo: la contradicción. Se opone usted al concepto público en que se le tiene.

LORD

Ahora más que nunca, me opongo. Y no por contradicción, sino por decoro. Deduzco que se me tiene por vivo, quizá por un vivo, a dos puntos acaso de tenerme por demasiado vivo...

PEREIRA

¡Qué lince...!

DOLLY

Se le tiene por un joven. Al menos por un joven...

LORD

Hágame el obsequio de sustituir por letras esos puntos suspensivos.

DOLLY

Por un joven simbólico.

LORD

¡Uf...! Estamos en una época en que hasta los símbolos envejecen... El único joven simbólico que ha existido es Matusalén; y éste, como todos los patriarcas bíblicos, no inspira ningún interés a la generación actual... Definitivamente me halaga más el calificativo de la menos joven de ustedes. Prefiero ser tenido realmente por loco, que simbólicamente por mozo.

DOLLY

Además de que los locos tienen simbólicamente algo de niños. Unos y otros inspiran simpatía.

PEREIRA

Conformes ahora.

LORD

¡Por Dios, señora mía! «¡Ne puero gladium...!».

PEREIRA

Como si hablara usted en latín.

LORD

Y en latín he hablado... ¿verdad, miss Dolly?

PEREIRA

(A Dolly). ¿Conque usted lo ha entendido?

DOLLY

Sí. Ha dicho usted «que no se debe confiar la espada a un niño».

LORD

Es el título con que hemos bautizado ciertas memorias de cierta revolución que yo presencié, que miss Dolly ha escrito, que he firmado yo solo y que cobraremos a medias.

PEREIRA

Algo he oído del dineral que ha ganado en ese asunto.

LORD

Una exageración, si señora. Una suma lo

suficiente grande para que, aún partida por medio, me cause una gran vergüenza.

DOLLY

¿Por qué?

LORD

Porque mi colaboración ha sido estéril. Menos mal que también el dinero es estéril.

DOLLY

¿Quién le ha proporcionado a usted esa afirmación consoladora?

LORD

Aristóteles. Pero ¿verdad que parece digna de don Quijote?

PEREIRA

Digan lo que digan esos señores, mejor será que usted acepte el dinero que le ofrezcan. Si no le basta para salir de pobre, le servirá para conservar sus buenas trazas de rico. (Entran de la terraza Wilda y Cabrera).

WILDA

(A Cabrera; al franquear la entrada, como siguiendo una conversación). Le aseguro que encuentro sugestivo el plan. Pero no dispongo de suficiente edad para cerrar tratos. Dependo de mi madre, y no solo por inclinación filial, que esto a mis años tendría arreglo, sino por un conjunto de leyes complicadas no tan fáciles de burlar.

CABRERA

Hablaré a mistress Honorata Hudson. Por fortuna no la resulto intolerable.

WILDA

(A los que estaban en escena). ¿Ustedes aquí apartados del lugar de la ceremonia?

PEREIRA

Aunque menos distantes que ustedes...

LORD

¿Se ha permitido hacer novillos la pareja?

CABRERA

¡Qué me dice, Lord Hawk!

LORD

Que han dejado ustedes de concurrir a la escuela precisamente en día de certamen.

CABRERA

En nuestra escuela el certamen no se interrumpe nunca.

WILDA

Hemos estado contemplando el firmamento.

CABRERA

(A lord Hawk). Y usted bien sabe que hay un pedagogo de amor en cada estrella.

PEREIRA

De esa lord Hawk no sabe nada.

LORD

¡The bachelor no sabe nada!

WILDA

También hemos estado viendo el primer faro del viejo continente, las primeras luces de

Europa, que son por fortuna las luces de España.

PEREIRA

¡Cuánto se hace desear...!

DOLLY

¿Estamos tan cerca ya?

CABRERA

Se alcanza España con la mano.

LORD

(Se levanta y mira desde la escena por la vidriera abierta de la terraza. Todos le imitan formando grupo). Pero no conviene extender el brazo, porque parecerá que la tierra se aleja. Miren, abriendo o cerrando los ojos; ya verán que de prisa nos acercamos...

WILDA

Ya me veo en el puerto. ¡A qué bella ciudad debe dar acceso! ¡Al menos! ¡Qué bonita me la figuro yo!

LORD

Y no se engaña usted miss Wilda.

PEREIRA

La llaman la tacita de plata.

LORD

Ganas de hacer hipérboles para empequeñecer las cosas; ¡como si ya no tuviera bastante con aquel título que la asignara Julio César. «¡Augusta Urbs Julia Gaditana...!».

CABRERA

Y los de muy noble y muy leal.

LORD

Esos suponen una redundancia. Los ostentan muchas ciudades de España y suenan a cosa sabida.

CABRERA

Gracias, lord Hawk.

PEREIRA

Habla usted de España con afecto conmovedor.

CABRERA

¿Ha viajado usted mucho por España? Le debe haber ido muy bien por allí.

LORD

He viajado por todas partes y no me fué mal por ningún lado. Pero en esta tierra que vamos a pisar cuando alumbre el próximo sol, hallé lo que en ninguna parte había hallado, y si he de decir la verdad, lo que no pensaba hallar en parte alguna... Raíces. Raíces de cosas y de ideas que yo había visto alzadas en otras tierras, pero que no vi arraigadas en ninguna. Raíces de la amistad, principalmente. España es el único país en que el hombre cuando dice que se honra con la amistad que se le ofrece, no teje un cumplido. Cada nueva amistad es acogida como un nuevo honor y exhibida con el más desinteresado de todos los orgullos.

WILDA

(A Cabrera). Y la enemistad ¿tiene raíces en España?

CABRERA

También, pero nadie se envanece de ella. (Se oye una marcha nupcial. Los personajes que están en escena, se disponen a presenciar la entrada del cortejo. Aparecen delante Gabriela y el Duque del brazo; ella, con rico traje blanco de novia; él, de frac. Lleva la cola del vestido de la novia el criado Daniel, que viste traje negro, severo, de americana. Detrás avanzan los padrinos: mistress Honorata Hudson y mister Teodomiro Braknell, del brazo también. El grupo que los sigue es compacto; de él se destacan don Abelardo Pereira que acompaña a una dama del pasaje, de la que se separa tan pronto pisa la escena, yendo a trabar diálogo con su esposa que ocupa nuevamente el diván del ángulo derecho; y don Juan, hombre maduro, de mar, con su uniforme de Capitán del barco. Rodean a éste pasajeros y tripulantes. Ya en escena, los que no han de intervenir en el diálogo salen a la terraza o entran en el comedor haciendo comentarios en voz baja. Ambiente de franca alegría. A poco de comenzada la escena que sigue, entra también por la derecha don Lino, sacerdote de unos cincuenta años que ejerce su ministerio en el barco y ha dado su bendición a los recién casados; viene vestido con traje talar, balandrán y gorro; es campechano y tolerante).

WILDA

(Al ver entrar a los novios, se lanza en los brazos de Gabriela. Acércase también a ésta Dolly, y naturalmente, la separan del Duque.

Este recibe los parabienes de lord Hawk y Cabrera). ¡Gabriela de mi alma...! Dios te haga muy feliz...! (Besos, abrazos, efusión...).

LORD

(Al Duque). Sir: Yo no se de la felicidad más que lo poco que aprendí en los libros y lo que deduje de algunos semblantes. Mirándole a usted, hoy me doctoro en esa asignatura.

DUQUE

¿Llevo ya retratada fa felicidad en el rostro?

CABRERA

Y es un retrato de cuerpo entero. Deja que yo le contemple bien para entrenarme, ¡para contagiarme!

LORD

(A los padrinos). ¿Y esta pareja de viejitos? ¿Satisfechos?

HONORATA

¡Figúrese usted!

TEODOMIRO

¡Figúrese...!

HONORATA

Yo más serena de lo que calculaba. Este más emocionado de lo que era de presumir. Casi le traigo en volandas y tiembla como un pajarito. Ayúdeme usted a acomodarle por ahí para que se recobre.

LORD

Con mucho gusto. (Toman a Teodomiro

Honorata por un brazo y lord Hawk por otro, para conducirle a un sillón. En este momento se acercan al grupo don Juan y don Lino).

DON LINO

Recuerden ustedes que es necesario formalizar el acta matrimonial (a don Juan). ¿La redactó usted, capitán?

DON JUAN

Sí; convendrá bajar a mi cámara a firmarla.

HONORATA

Pues vayamos allá. (Entran por el comedor los padrinos, con lord Hawk, don Juan, don Lino, Zaldívar y el señor Pereira. La señora de Pereira, así como más tarde Cabrera, Dolly y Wilda, salen a la terraza).

DANIEL

(Llamando respetuosamente la atención a Gabriela). ¿Me manda algo la señora Duquesa?

GABRIELA

(Volviéndose; afable, muy dueña de sí, ya en aparte con Daniel). ¡Daniel...! Sí, sí; tengo que mandarte algo muy urgente... Pero... (buscando al Duque con la mirada). Hay alguien que debe conocer todos mis secretos.

DANIEL

¿El señor?

GABRIELA

El señor que me daba el brazo al entrar aquí.

DANIEL

(Un tanto extrañado e inquieto). Es indudable que se refiere usted al señor Duque.

GABRIELA

En efecto. Has acertado. Felizmente parece que todos hemos llegado a esa bendita época que tiene todos los problemas: todo el mundo acierta la solución, y es una pedantería conservar aire enigmático... Lo tendré presente, querido Daniel...

DUQUE

(Que ha adivinado que Gabriela le busca. Se acerca a ella y a Daniel que a su vez avanzaban lentamente hacia el Duque. Forman los tres un grupo familiar en primer término izquierda, solos ya en escena). ¿Me buscas Gabriela?

GABRIELA

(Aún risueña; cariñosamente enigmática, provocando con esto último la siempre afectuosa inquietud del esposo y del criado). Te busqué, te busqué con un ahinco que ha florecido como ves. (Refiriéndose a las flores de azahar que adornan su tocado de novia). Pero, como ya te encontré me prometo y te prometo estar buscándote toda la vida.

DUQUE

¿Temes perderme?

GABRIELA

Si te perdiera no te buscaría. Yo solo busco lo que estimo, y lo que se estima no se pierde. ¿No es cierto, Daniel?

DANIEL

Cierto. Lo que se aprecia se guarda bien; y lo bien guardado no se extravía.

DUQUE

No tendrás que ingeniarte mucho para encontrar lo que posees. Yo siempre creí que lo que se tiene no es preciso buscarlo.

GABRIELA

Puedes seguir creyéndolo; pero conviene que al mismo tiempo busquemos el corazón de lo que tenemos, y principalmente el corazón de nosotros mismos.

DUQUE

¿Ahora que está presente?

GABRIELA

Porque le hemos encontrado gracias a haberle sabido buscar... Pero recordemos que también está presente Daniel. Este me ha preguntado que si le ordenaba algo, y le he retenido para transmitirle la primera orden que se me ocurre... (breve pausa). Aunque estoy completamente impreparada para meditar, sobre todo para meditar lo que mando, he creído prudentísimo que mi primera orden llevara tu sanción.

DUQUE

¡Por Dios, Gabriela! ¡Cómo han de necesitar mis criados que yo apruebe las órdenes que les dé mi esposa!

GABRIELA

¡Claro! No habiéndolo necesitado las que les

dió tu prometida. Pero es que ahora la orden es un poco más familiar, y como ya constituímos una familia, producirá un efecto más desconcertante.

DANIEL

(Confiado y jovial). ¿Me va usted a mandar que vitoree?

DUQUE

(Severo, corrigiéndole). ¡Daniel...!

GABRIELA

No le corrijas. Le voy a mandar que hable. Quiero oir una voz más imparcial que la tuya, pero que proceda de un corazón y de una garganta de tu estirpe, que al menos haya sentido tus mismos sentimientos y comido tu mismo pan.

DANIEL

¿Y qué quiere usted que yo diga?

GABRIELA

Lo que creas que yo merezco. Pero no viéndome aquí, entre tipos que perderás de vista mañana, sino imaginándome en un severo salón de la casa solariega en que se hubiera casado mi marido sino hubiera tenido tan mala cabeza... Imagina que acabo de salir de la capilla de la vieja casona, con este mismo traje, desposada ya, y que me rodean unas cuantas personas que para tí se han hecho familiares con el tiempo y para mi se ban hecho familiares de repente... Dime ¿qué me dicen esas personas? ¿qué las digo yo a ellas?

DANIEL

Parabienes, sendos parabienes la dan todos. Y usted contesta como es de rigor.

GABRIELA

¡No, no, no! Yo nunca contesto como es de rigor. Ni ellos me hablarían así tampoco... En todo caso yo quiero saber lo que allí hubiera sucedido que no fuera de rigor.

DUQUE

Hubiera habido una gran fiesta, se hubiera improvisado una gran mesa en el jardín...

GABRIELA

Insisto en que no salgamos al jardín, y mucho menos para sentarnos alrededor de una mesa improvisada... Antes de eso creo que hubiera habido un aparte familiar, un choque, mejor dicho, un cambio de mutuas emociones. Es en ese momento en el que el lazo se solda. Es algo, quizá unas lágrimas, que sella la soldadura. Y eso preguntaba yo: esas lágrimas que veo en otros ojos y en los míos acaso ¿las vierte la sinceridad? ¿Nadie llora porque es de rigor ¿No hay reservas mentales en los corazones?

DANIEL

Ni frío en las palabras, ni flojera en los brazos.

GABRIELA

(Decidida a Daniel). Pues dame uno de esos abrazos. (Daniel retrocede, más extrañado que contrariado, leal y respetuoso siempre. El Du-

que, un instante atónito y disgustado, toma a Gabriela de la mano izquierda para impedir que abrace a Daniel, dejándola después obrar, satisfecho y contento de nuevo).

DANIEL

¡Señora Duquesa...!

DUQUE

¡Criatura...!

GABRIELA

Indómita, debes añadir para completar la alabanza, el piropo, como decís los españoles... Pero (aparentando docilidad). Ya ves que no merezco ser piropeada, como no tengo nada de indomable; renuncio al abrazo leal de mis buenos familiares... (A Daniel aparentando estar compungida). El señor Duque no sanciona mis órdenes.

DUQUE

(Risueño, animándoles). Pero las manda ejecutar. (Gabriela y Daniel se abrazan; él casi trémulo, ella a punto de rendirse a la emoción. Al concluir el abrazo, Daniel toma una mano de Gabriela y la besa con unción diciendo).

DANIEL

Así tengan ustedes siempre tanta felicidad y tanto honor como hoy, para gozar y repartir señora duquesa.

GABRIELA

¡Ahora si que me creo señora Duquesa!

DUQUE

(A Daniel) ¿Y a mí no me abrazas, bergante?

DANIEL

(Emocionado. Se unen en un breve pero efusivo abrazo). ¡Mi amo...!

DUQUE

¿Te acuerdas del viaje de ida?

DANIEL

¡Qué caras largas...!

DUQUE

¡Qué punzantes recuerdos y qué temor al porvenir...!

DANIEL

¡La pena que nos daba mirar hacia atrás, y el miedo que nos daba mirar hacia adelante...!

GABRIELA

Y ahora ¡qué alegría mirar a todos lados! ¿verdad?

DUQUE

Gracias a tí.

GABRIELA

Aceptado. Gracias a mi, porque yo soy la descubridora, mejor dicho la adaptadora al sexo femenino de un precioso ardid, de una curiosa estratagema, que fué siempre patrimonio del sexo contrario.

DUQUE

Y ¿en qué consiste ello?

GABRIELA

Sencillísimamente: en vencer. (Entran en escena todos los personajes que la abandonaron al comenzar el diálogo de Gabriela, el Duque y Daniel. Este hace mutis discretamente por el comedor. Gabriela y el Duque siguen hablando en voz baja; y los restantes personajes forman tres grupos más, a saber: junto a la mesa de la izquierda, Honorata, Teodomiro, lord Hawk, don Juan y don Lino; detrás en segundo término Wilda, Dolly, Cabrera y Zaldívar; y en el diván turco de la derecha el señor y la señora de Pereira).

HONORATA

(Entrando, a Gabriela y Duque; irónica). Queridos sobrinos, el acta de vuestro enlace es muy curiosa; está fechada en alta mar, se habla en ella de Neptuno, debe haberla escrito un pendolista que seguramente maneja con más arte el remo que la pluma; ostenta ya numerosas firmas, pero... aún caben las vuestras. Si no creéis que es meteros en lo que no os importa, yo opino que debéis tomaros la molestia de ir a firmar.

GABRIELA

Tus opiniones siempre son atinadas, tía Honorata.

DUQUE

(A Gabriela). ¿Vamos pues a cumplir esa formalidad?

GABRIELA

Sí; y a la vez a quitarme este manto que me pesa.

HONORATA

¿Ya te pesa, sobrina?

TEODOMIRO

Cuéntaselo a ese caballero que tienes a tu lado.

GABRIELA

¿A las demás muchachas que se casan no las pesa el manto? ¡Qué diferente soy yo de todas! Pero ya habrán comprendido ustedes que lo que me pesa es la tela del manto... Ya se que hoy todo debe tener alma para mí, y en todo la encuentro y con el alma de todo he hecho una carga.—¡perdón!—¿he dicho una carga? he debido decir una corona, un limbo que llevo muy gustosa sobre mi cabeza.

DON LINO

Bonita imagen.

GABRIELA

(A lord Hawk). Por cierto milord que en ese alma de todo echo de menos algo, y, como no quiero que falte nada en el espíritu de esta noche tan feliz...

LORD

Usted dirá.

GABRIELA

Descuento que no fué por desafecto, pero todos me han felicitado menos usted...

LORD

Parodiaré—para que no falte mi flor humilde al concurso de las flores selectas, homenaje

de todas a su reina—cierta letrilla de un cierto Marqués del que no tardará usted en oir hablar a la gente y al aire de España: «Dios os haga tan dichosa, —duquesa—, como vos fizo fermosa».

GABRIELA

Eso es casi un madrigal.

LORD

Dentro de poco se convencerá usted de que ese es el lenguaje de un pueblo.

DON LINO

Bonita hipérbole.

GABRIELA

Vamos, tía Honorata. ¿Me acompañas?

HONORATA

(Levantándose). Cómo no...

GABRIELA

(A Wilda y Dolly). ¿Y vosotras? Con permiso de estos señores. (Por Zaldívar y Cabrera. A éstos). Descuiden ustedes; prometo no torcer las rectas intenciones de estas muchachas.

GABRIELA

Confiamos por el contrario en que usted las persuada de que somos el término de su línea recta.

GABRIELA

(A los que quedan en escena). Ustedes serán tan amables que nos esperarán aquí. Pueden hacerlo tomando un aperitivo, para aminorar la tortura de su estómago. Hasta siempre,

amigos míos. (Vase con el Duque, Honorata, Wilda y Dolly por izquierda).

LORD

(A Zaldívar y Cabrera). En eso del aperitivo no había yo caído. Ustedes se darán buena maña a preparar pronto un cok-tail. ¿Verdad?

ZALDIVAR

¿De Carpano?

LORD

¡No hombre! De Jerez y de whisky. Es lo que imponen las circunstancias.

CABRERA

Obedeceremos sin responder del resultado.

LORD

El resultado dependerá de nuestra sobriedad. (Vanse Zaldívar y Cabrera por izquierda):

DON LINO

(A Teodomiro). Es muy lógica y ejemplar su emoción, mister Braknell, pero debe cesar.

TEODOMIRO

Bien sabe Dios que mi emoción no es de júbilo.

DON JUAN

Pues ha estado usted a punto de enternecernos a todos... ¡como uno no está acostumbrado...!

LORD

Claro; se celebran pocos casamientos a bordo...

DON JUAN

Y lo peor es que también se celebren pocos en tierra.

LORD

No ha consultado usted las estadísticas, capitán.

DON JUAN

Consulto a mis hijas y me basta.

TEODOMIRO

¡Ah! ¿Conque tiene usted hijas?

DON JUAN

¡Cinco...! ¡Y ni un solo yerno!

TEODOMIRO

Pues no sabe usted la envidia que le tengo.

DON LINO

La envidia es uno de los pecados más abominables, mi don Teodomiro.

LORD

(A Teodomiro). ¿Sabe usted nadar?

TEODOMIRO

(Extrañado). No.

LORD

Entonces no es tan abominable, que mientras sigamos embarcados le tenga usted envidia al capitán, cuyo panorama doméstico, realmente no es muy sugestivo.

DON LINO

Nunca llueve a gusto de todos.

LORD

En efecto; el disgusto suele ser mayor para quienes no disponen de paraguas... Y el disgusto del capitán se quintuplica porque realmente lo que él necesita son cinco paraguas.

DON JUAN

Usted lo ha dicho, milord. Y un toldo para mi mujer.

DON LINO

Paciencia, capitán, paciencia; callémonos...

DON JUAN

Querrá usted decir, calémonos. (Teodomiro como queriendo cambiar de ambiente, abandona la escena y entra por la puerta del comedor).

PEREIRA

(A su esposo con el que lleva un rato discutiendo en voz baja). No te esfuerzes Abelardo; no lograrás convencerme.

ABELARDO

Mujercita mía...

PEREIRA

Ni te muestres tampoco zalamero, porque eso me crispa y bien sabes tu que si me exalto, soy muy capaz de echar a pipue el barco.

ABELARDO

(Con sumisa tribulación). Lo sé.

PEREIRA

Y concretemos. Tu no vuelves a presenciar

la representación de ninguna obra de Pirandello.

ABELARDO

Si es capricho tuyo...

PEREIRA

Nada de capricho. Es una medida de policía conyugal. Pirandello es un proveedor de disculpas para todo el que quiere hacer lo que le da la gana y no dispone de una razón para ejecutarlo.

ABELARDO

Como quieras, hijita. Pero recuerda que te has distraído mucho viendo a Pirandello.

PEREIRA

Me da el corazón que se hubiera distraído él más viéndome a mí... Espero pues, que en lo sucesivo seas lo menos pirandellano posible como corresponde a tu figura.

ABELARDO

¿Pero qué tiene mi figura?

PEREIRA

Vulgaridad, Abelardo, vulgaridad; no me obligues a repetirlo, y no te empeñes en querer representar comedias de enredo y operetas vienesas, porque aquí no hay más director artístico que yo.

DON LINO

(Que ha escuchado, como los otros personajes, la conversación, interviniendo ahora

en ella). ¿Pero este matrimonio siempre tan acorde?

PEREIRA

¿Guasitas, padre?

DON LINO

¡Dios me libre! Les invito humildemente a que se apacigüen.

DON JUAN

¡Usted qué sabe de eso, padre cura! ¡Usted es un emboscado!

DON LINO

¿Cómo...?

LORD

Un célibe, como yo. Y efectivamente los célibes carecemos de autoridad para poner paz en los matrimonios.

DON JUAN

Tanto más, cuanto que aquí en el barco, quien regula la paz y la guerra soy yo; ¿no es así?

DON LINO

Desde Temístocles; si señor.

DON JUAN

Pues por mí pueden seguir esos señores peleándose hasta que echemos el ancla.

DON LINO

Qué empeño de que le tengamos a usted, de ordinario tan plácido, por un lobo de mar.

LORD

Es que nos acercamos a tierra y quiere irse entrenando para la recepción de familia.

DON LINO

Siendo así, lamento haber interrumpido la polémica de estos señores.

PEREIRA

No la ha interrumpido su reverencia; la ha exacerbado, más bien.

LORD

La pausa en las batallas, es síntoma de futura intensidad.

DON LINO

O de que ha desaparecido la causa baladí que motivó el encuentro.

PEREIRA

(Estallando). Aquí lo único baladí son ustedes que se meten en camisas de once varas. ¿Me entiende?

DON LINO

No señora.

PEREIRA

Pues creo que son bien claras mis palabras.

DON JUAN

¿Uuted llama palabras a los proyectiles...? —Por cierto que los gasta usted con bastante prodigalidad.—La faltarán cuando más los necesite.

LORD

Claro. Si porque su esposo flirtea emplea usted los dicterios de grueso calibre, ¿qué deja usted para cuando de veras la engañe?

ABELARDO

Pero si yo no flirteaba con nadie.

PEREIRA

¡Calle el concupiscente! Ustedes le han visto haciendo carantoñas a la mujer más provocativa del pasaje.

DON JUAN

¡Bah...! ¡Un pimpollejo panameño que hace la travesía bajo mi custodia!

PEREIRA

Pues podía usted custodiarla mejor.

DON JUAN

¿Mejor...? Yo mismo la designo los pasajeros inofensivos y cultos con quienes puede trabar relación.

ABELARDO

(Amoscado). ¿Y a mí me ha elegido usted en calidad de culto o de inofensivo?

DON JUAN

Le suponía bastante vigilado para no poderse sentir un truhán y además lo suficiente ameno para endulzar la melancolía de a bordo.

PEREIRA

¿Por qué no prueba usted a dar jalea a su pimpollo, en vez de recomendarla que se dis-

traiga con mi marido? (A éste). Por lo demás has de saber que no me agrada nada verte con pimpollos.

LORD

Bienaventurados los celosos, porque para ellos, la fealdad es alegría.

PEREIRA

Y bienaventurados los insolentes, porque ellos pronunciarán la última palabra. (Silencio general. A poco aparecen por derecha Teodomiro y Duque).

TEODOMIRO

(Al Duque, con gracioso enfado). Es inútil que insista usted apreciable... yerno; acabo de recobrar todas mis luces, y en esa situación no habrá quien me haga realizar nuevos desprendimientos.

DUQUE

(Cordial y risueño). ¿Ni siquiera el de su bendición?

TEODOMIRO

Ni siquiera.

DUQUE

¿Es esa su última palabra?

TEODOMIRO

De honor.

LORD

¡Por favor, mister Braknell, que no sea de honor la última palabra que se pronuncia!

TEODOMIRO

¿Por qué?

LORD

Porque convertiría usted a esta señora en una profetisa.

PEREIRA

(Alarmada, sin entender bien lo que ha oído. A su marido). ¿Cómo? ¿Qué me ha llamado?

ABELARDO

Nada alarmante; sosiégate.

DON JUAN

Y las profecías, las simples conjeturas, son peligroso contrabando.

LORD

Eso aparte de que cuando la profecía de una mujer se cumple, el huracán se anuncia.

TEODOMIRO

No comprendo ni jota.

DUQUE

Ni yo tampoco.

TEODOMIRO

Además, ¡me río yo de todos los huracanes! Y casi los prefiero a esta calma chicha.

DON LINO

¿Hubiera usted querido que en un día tan feliz se desataran los elementos?

PEREIRA

¡Solo eso nos faltaba!

TEODOMIRO

Lo hubiera querido para sentirme menos infeliz.

DUQUE

¡Querido suegro...!

TEODOMIRO

(Con gracioso enfurecimiento). ¡Pardiobre! ¡No me lo repita! ¡Es un parentesco hecho a traición!

DUQUE

(Serio). ¡Caballero!

DON LINO

¡Qué disparate!

LORD

¡Qué inocentada! (A Teodomiro). ¿No cree usted que ciertas armas suelen emplearse más en la persecución de yernos que en la busca de suegros?

DON JUAN

Dígamelo usted a mí que he recurrido a todo, incluso al empleo de perfumes caros, de ostentaciones ruinosas y de otros narcóticos. Pero no cayó ni una pieza.

ABELARDO

Es usted muy gráfico.

DON LINO

Y muy descastado.

DON JUAN

¿Porque me alarma que pueda extinguirse mi casta? ¡Eso si que está bonito!

TEODOMIRO

¡Mientras no se extinga la raza!

LORD

Esa no se extinguirá mientras los ricos no sean estériles.

DON JUAN

Y los pobres serán estériles, aunque sean fecundos, mientras no sean ricos.

DON LINO

¿Así que para perpetuar la especie va a ser necesario ser rico?

LORD

Sí señor; ser rico... y no ser cura.

DON JUAN

Y reuniendo esas dos cualidades no poner cara feroz al yerno como hace mister Braknell; el cual, por lo demás, y prescindiendo en absoluto de su opulencia económica, hará un suegro encantador, querido Duque.

DUQUE

Yo así lo espero.

TEODOMIRO

Gracias, mil gracias por el empalagoso concepto que usted tiene formado de mí. Yo a mi vez correspondo, teniendo a usted por el más

fascinador y mundano capitán de barco. (Entran Cabrera y Zaldívar por izquierda, seguidos por un criado que conduce una amplia bandeja, sobre la que vienen dos cokteleras o poncheras y hasta una docena de copas. El criado deja la bandeja sobre la mesa, llena las copas y se retira).

CABRERA

Aquí traemos el coke-tall.

ZALDIVAR

Una bebida digna de Pantagruel, rey de los dipsodas.

PEREIRA

Probablemente algún bebistrajo indigno de personas decentes.

ZALDIVAR

Señora de Pereira: la desaprobación es prematura.

PEREIRA

Pero mi cautela es comunicativa.

LORD

(Ofreciendo una copa a la señora de Pereira). Entonces después de apurar esta copa lo será más.

DON LINO

Y sus exhortaciones al recato, estarán avaladas por la experiencia.

TEODOMIRO

(A don Lino). Ha hablado usted muy bien.

DON JUAN

¿Y cuándo no habla bien nuestro reverendo?

DON LINO

¡Tantas veces...! Tantas acaso cuantas hablo con la esperanza de convencer.

CABRERA

Pero nuestro pastor habla siempre con el deseo de armonizar.

LORD

(Ofreciendo ahora una copa a don Lino). Lo cual consiste en dai ejemplo.

DON LINO

(Tomando la copa). Fingiré que acepto con gusto.

DON JUAN

(Al Duque, ofreciéndole una copa y tomando él otra). Usted Duque ¿No bebe? Tendría usted razón para estar ensimismado, si lo que celebrásemos fuese un parentesco con este colérico mister Braknell, pero lo que realmente festejamos no es eso.

TEODOMIRO

¡Qué ha de ser! Lo que festejamos es que mister Braknell, además de colérico, sea rico.

ZALDIVAR

¡Qué vanidosillo!

DUQUE

¡Qué soez, pienso yo!

LORD

(Al Duque). ¿Y para qué decirlo? Todos creemos en la transmisión del pensamiento.

DUQUE

¡Es que hay cosas intolerables!

TEODOMIRO

Entre las cuales no puede figurar la de que yo con mi honrado trabajo haya confeccionado un formidable capital.

DUQUE

¡Que nadie le mendiga!

TEODOMIRO

Muy poético. Muy poético y muy juvenil. Pero yo, que soy viejo y prosáico, no necesito que mi hija mendigue para darla cuanto tengo, que por ser mío es suyo; lo cual no me impide tener dudas acerca de los sentimientos con que usted llega a mezclarse en el reparto.

DON LINO

Sentimientos hidalgos, sin duda.

DUQUE

De quien es hidalgo de los cuatro costados, sépalo usted.

TEODOMIRO

Lo sé; y precisamente eso es lo que me escama... No lo puedo remediar, pero desconfío de los corazones envueltos en pergaminos que se enamoran en los corazones envueltos

en papel de Banca... ¿Será el contenido o el continente lo que se atrae?

DUQUE

¡En este caso han sido los corazones!

TEODOMIRO

Pues acostumbre usted al suyo a la virtud de la franqueza y a la altivez del cálculo, que nosotros ya acostumbraremos al nuestro a las virtudes y altiveces aristocráticas.

LORD

Y formarán ustedes, no lo duden, la victoriosa democracia futura.

ZALDIVAR

¡Brindemos por ella!

LORD

No, no; sería precipitar los acontecimientos.

CABRERA

Pero no podemos estar con las copas en las manos, sin brindar por alguien o por algo.

TEODOMIRO

Sin embargo, yo opino como lord Hawk que no debemos brindar por el futuro, porque yo le veo muy gris.

LORD

Nuestro porvenir es que cada cual ceda a la atracción del suelo de su patria y nos disgreguemos. Por eso, ya que el presente nos hizo compatriotas, brindemos por la patria común.

DON JUAN

¿Por el mar?

LORD

No; por el presente. (Entran Gabriela, Dolly, Wilda y Honorata).

GABRIELA

¿Llegamos a tiempo de brindar?

LORD

De brindar y de subir al trono de la patria común, a la que vamos a dedicar el brindis. ¿Le parece a usted bien?

GABRIELA

Admirablemente. Reinaré muy gustosa en esa patria común todo el instante que dure el brindis... Pero supongo que mis electores habrán contado con que existe un rey consorte...

TEODOMIRO

¡Se ha contado hasta con mi abdicación! (Se forman grupos; cada oveja con su pareja, y los personajes sueltos a su gusto, sirviendo con su colocación al diálogo).

GABRIELA

Bebamos, pues, señores, porque nunca nos olvidaremos de que hemos sido compatriotas. (Beben).

PEREIRA

(Haciendo ascos de la bebida). Yo lo recordaré, por lo menos hasta que se me quite el

mal sabor de boca que va a dejarme este brevaje.

DUQUE

(Chocando la copa con la de Gabriela). Por nuestra felicidad, Gabriela.

GABIRELA

Por nuestro amor. (Gabriela y el Duque muy amartelados, salen despacio a la terraza).

DON JUAN

(A don Lino). ¿Usted no bebe, pater?

DON LINO

(Bromista). No puedo hacerlo sin saber cuál es la religión oficial de ese reino por quien brindamos.

DON JUAN

¡Pues cuál va a ser, hombre de Dios! ¡La nuestra! ¡La que quita las penas; la que nos deja navegar tranquilos y vivir contentos!

DON LINO

Siendo así... (Chocan las copas y beben).

LORD

(En el grupo que forman Wilda, Dolly, Zaldívar y Cabrera). Les aseguro que no me acordaba de mí mismo al llevar la copa a mis labios.

DOLLY

Pues usted es quien ha dado solemnidad al acto.

LORD

Y he pedido al Destino solemnemente, fervientemente, que sea con todos generoso.

WILDA

Incluso con usted, claro está.

LORD

¿La parece poca generosidad la que conmigo tiene, permitiéndome que me olvide de mí mismo...? Mi corazón ha expiado sus faltas, se ha regenerado y se ha sentido dichoso, facilitando a los dos corazones de ustedes cuatro, o a los cuatro corazones de ustedes dos, una ocasión de tomar acuerdos felices... (siguen hablando).

HONORATA

(A Teodomiro). No creo en la necesidad, ni siquiera en la utilidad de que pongas ese gesto de cólera.

TEODOMIRO

Ya veo que tu estás encantada.

HONORATA

Hay que ser, al menos, sociable.

TEODOMIRO

Muchas gracias.

HONORATA

¿Por qué me das las gracias?

TEODOMIRO

Porque me cercioras de que represento admirablemente mi papel de padre político. Parezco insociable, que es como quiero parecer, y estoy entusiasmado, que es como quiero estar.

HONORATA

(Extrañada). ¿Luego...?

TEODOMIRO

Luego, mi hija Gabriela tiene el marido que yo ambicionaba, y mi ambición tiene el aire de dignidad que he estado ensayando desde que olí lo que iba a suceder.

HONORATA

Oler, oler... ¿No te parece el verbo, inadecuado?

TEODOMIRO

Pronto te persuadirás de que los yernos deseados tienen una fragancia peculiar... Le olí, pues; no retiro el verbo. Y desde entonces observé, indagué, estudié; gracias a lo cual, puedo tener el corazón alegre y el gesto irritado.

HONORATA

Bueno, bueno... Me tranquilizo en parte.

TEODOMIRO

Puedes estarlo completamente.

HONORATA

Lo impide tu vocabulario.

JORGE

(Por izquierda; reverencioso). La cena—la última cena de la travesía—está servida. (Se retira).

DON LINO

La última... ¡Dios mediante!

HONORATA

(Con cierta melancolía). Última de la travesía que rinden unos, primera del viaje que emprenden otros... (El capitán da el brazo a mistress Honorata, Zaldívar a Dolly, Cabrera a Wilda, lord Hawk a la señora de Pereira, y todos van entrando en el comedor. Queda rezagado don Teodomiro).

TEODOMIRO

Pero ¿y los novios?

CABRERA

(Que va de última pareja con Wilda). ¿Qué novios?

TEODOMIRO

Los recién casados; ¿quiénes van a ser?

WILDA

Como dijiste novios... podían ser otros...

TEODOMIRO

Pamplinas, sobrina, pamplinas. (Mutis Wilda y Cabrera).

DUQUE

(Desde la puerta de la terraza). Ya vamos, mister Braknell.

TEODOMIRO

Debían ser ustedes los primeros. El retraso es de una cursilería atroz. Pero en fin, ustedes son muy dueños de quedarse ahí contando las estrellas... Yo voy a ocupar mi puesto a la izquierda de la novia; y cuando todos se den cuenta de que el puesto de mi derecha está vacío y me pregunten por mi hija, tendré que contestar: No se preocupen ustedes; está ahí al lado, contando las estrellas, a solas, con un señor vestido de frac que es mi yerno y tiene derecho, por la gracia de Dios, a no ser importunado... (Con cierta tristeza entra al comedor).

DUQUE

(Se queda un instante perplejo, hasta que aparece Gabriela con la que entabla en el más cariñoso tono este diálogo final). ¿Has oído, Gabriela?

GABRIELA

Sí, he oído...; y veo que te has quedado perplejo.

DUQUE

Hoy me ha hablado tu padre en todos los tonos, menos en tono afectuoso El agresivo es el que ha usado con más frecuencia, y te soy franco, no me causó daño, casi me halagó, casi me parecía una concesión. ¡A tanto llega

el valor que da mi corazón a la alegría que tu amor le ha proporcionado...! Pero, esta ironía con que ahora ha hablado tu padre...

GABRIELA

¿Ocultaba dolor, verdad? Acaso ni le ocultaba; le delataba. Te ha hecho pues otra concesión, la concesión máxima: su dolor. Y este dolor prueba que mi padre te ha dado también su amor al darte yo el mío. Tu deber será merecer aquel como éste y corresponder al uno y al otro.

DUQUE

A ello aspiro.

GABRIELA

Y ese querer aspiración, se logra siendo constante en el querer inclinación.

DUQUE

Uno y otro irán siempre unidos en mí. ¿Y en tí?

GABRIELA

Siempre lo estuvieron. Y la demostración eres tú; es nuestro matrimonio. Con mi inclinación no hubiera bastado; era precisa la aspiración, la lucha, la conquista... Así que ya ves que mi querer está hecho tanto de cariño como de afanes.

DUQUE

Es cierto.

GABRIELA

Y ese es mi distintivo, y acaso sea el de mi raza, lo que se quiere con el corazón, quererlo con el esfuerzo. ¡El que no procura lograr lo que ama, mal logrará lo demás que pretenda!

DUQUE

¡Insigne voluntad!

GABRIELA

Pero puesta al servicio del corazón, como ves y como tardan en ver los que creen que el romanticismo está reñido con la lucha, y hasta con la victoria.

DUQUE

¿Tú romántica, mujercita mía?

GABRIELA

¡Y lo dudas...! Ya sé que a esta duda contribuyen mis procedimientos de conquista. Vuestro romanticismo exige esfuerzos que el nuestro desdeña y viceversa. Nuestro romanticismo es más humano; franqueza, concisión, claridad; procedimientos terrenales y rápidos. Poseer lo que se quiere disfrutar, en vez de disfrutar lo que solo se sueña en poseer. Y, para conseguirlo, ánimo fuerte, decisión... ¡Ya ves, yo llegué hasta el sacrificio de deshojar unas flores y beber whisky en tu presencia!

DUQUE

¿Pero no te agradaba el whisky?

GABRIELA

El whisky, como todo lo que bebéis, como

todo lo que discurrís, y como todo lo que hacéis los hombres en vuestros clubs, no tiene importancia, aunque, por haceros los interesantes, procuréis que a las mujeres nos intrigue el misterio de vuestra vida de club. Estos clubs son el último refugio de la desacreditada leyenda, según la cual, los hombres lleváis en el cuerpo un demonio verde, jocoso, pródigo e ingénuo como don Juan Tenerio.

DUQUE

(Cariñosamente bromista). ¡En mal hora se le ha ocurrido a don Juan Tenorio hacerse socio de un Club que tiene las paredes de cristal!

GABRIELA

Y las puertas demasiado francas. Por una de ellas entré yo en el Círculo donde os entregabais a la travesura de beber whisky y burlaros del amor... Para demostraros que ésto no tenía nada de pasmoso bebí también yo y también me burlé. Pero lo hize en provecho del corazón; por él y para él, para servirle con actos y cooperar a la realización de sus planes de felicidad.

DUQUE

Planes que felizmente ves logrados.

GABRIELA

¿Por tan modestos los tienes...? Pues son grandiosos. Figúrate que consisten en haber llegado a la felicidad de este momento y en que esta felicidad solo concluya con...

DUQUE

Con el último aliento de nuestras vidas.

GABRIELA

Más allá.

DUQUE

Con el último suspiro de la eternidad.

GABRIELA

Aún más lejos.

DUQUE

Pues no lo alcanza mi imaginación.

GABRIELA

Ni tu amor ni tu galantería tampoco. Para un hombre que ama debe haber algo más lejano que el fin de la eternidad.

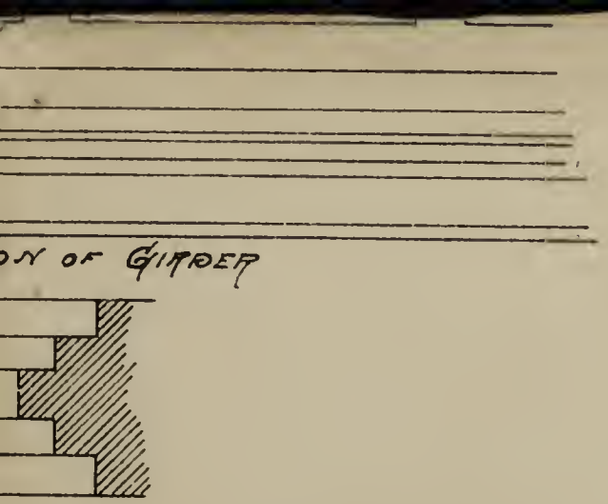
DUQUE

Comenzar lo que venga después de lo que no concluya nunca.

GABRIELA

Eso ¡Comenzar a olvidar!

FIN DE LA COMEDIA

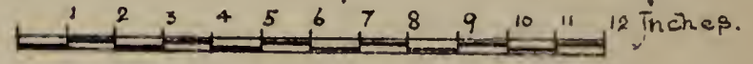


— PLAN OF CEILING OF PRINCIPAL FLOOR —

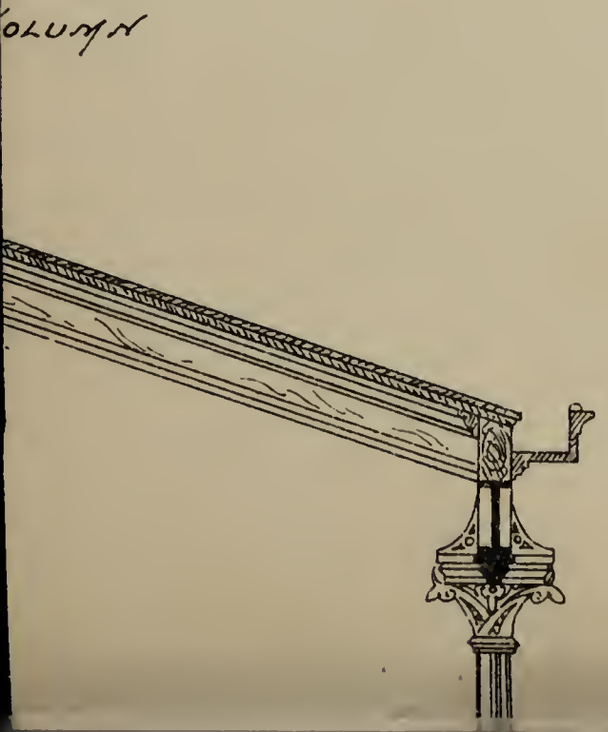
DETAILS OF PIAZZA.

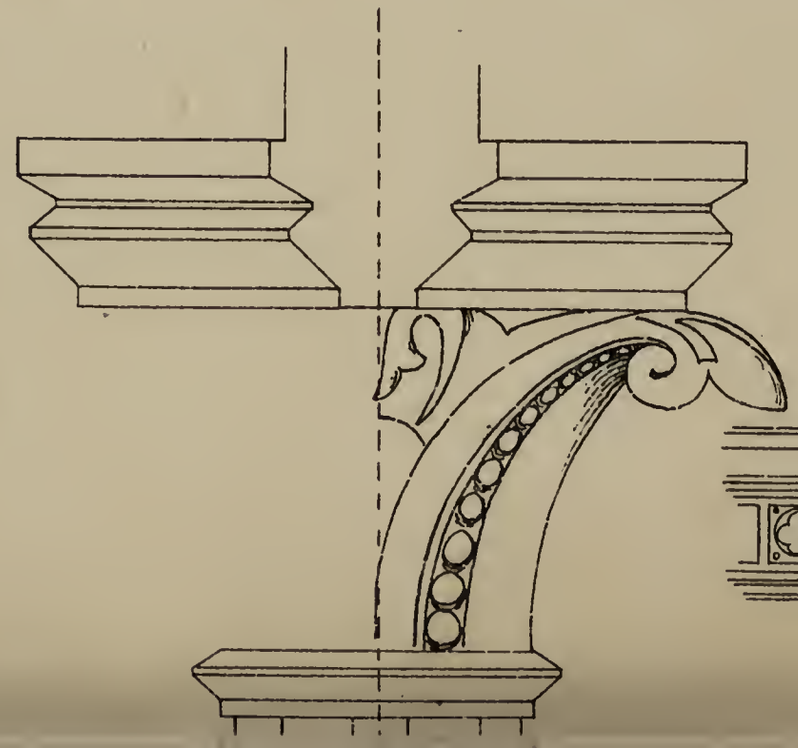
NOTE:-
— GIRDER AND COLUMN ARE OF IRON —

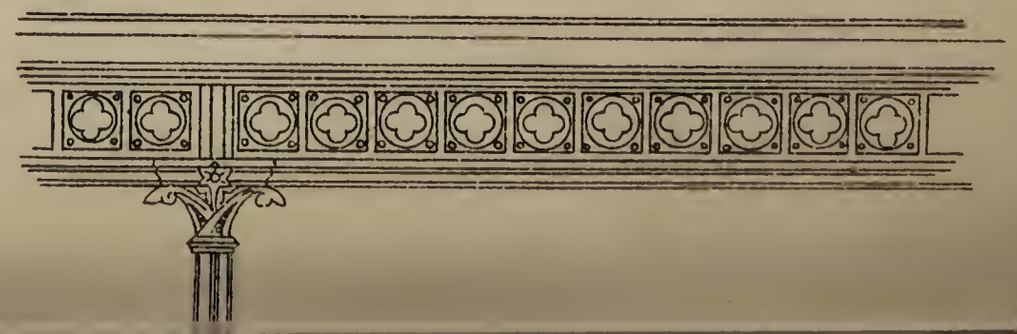
— SCALE, TO COLUMN AND GIRDER —



— SCALE, TO SECTION OF PIAZZA &c. —







3 0112 117467172